La hija de las flores o Todos están locos



GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Dominio
Público

La hija de las flores o Todos están locos

de

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Indice

PERSONAJES

FLORA.
TOMASA, *jardinera, esposa de*
JUAN CANTUESO.
EL BARÓN, *padre de*
DOÑA INÉS DE POVAR.
DON LUIS, *sobrino de*
EL CONDE DE MONDRAGÓN.
BEATRIZ, *nodriza de*
DOÑA INÉS.
CRIADO 1.º
CRIADO 2.º

La escena pasa en una casa de campo de las inmediaciones de Valencia, y a corta distancia del mar. Época para los trajes, siglo presente, allá por los años de 10 a 20.

Acto I

Jardín espacioso, con grupos de frondosos rosales y otros arbustos floridos. A la derecha del actor, fachada y puerta de una casa de campo; al fondo, una verja con puerta que da entrada al jardín; detrás de la verja, casi en el centro, un poco hacia la izquierda, pero también en el foro, una pequeña glorieta o cenador, cubierto de verdura. Dos bancos de piedra a derecha e izquierda del proscenio, y algunas sillas rústicas. Al levantarse el telón comienzan a aparecer los albores matinales.

Escena I

TOMASA y JUAN.

(Salen ambos de la casa.)

TOMASA

¡Jesús! si amanece apenas.
¿A qué privarme del sueño
a tales horas?

JUAN

¡Eh! calla;
que es un potro de tormento
la cama, con calor tanto.

TOMASA

Para mí no; sin objeto,
sin motivo madrugar...

JUAN

Mujer, según reza el pliego
recebido ayer, ¿no vienen
de aquesta finca los dueños,
hoy veintisiete de junio?

TOMASA

¿Y qué?

JUAN

¡Qué!... seis aposentos
mandan preparar; ¡es nada!
y hay que tenerles almuerzo
prevenido, y muy temprano.

TOMASA

¡Ya! Si te tomas a pecho
lo que no es de tu encumbencia...
Somos aquí jardineros
y nada más.

JUAN

Yo no digo
que no; pero el amo mesmo,
desque murió el tío Robles
(que Dios lo tenga en su reino),
de su propio puño y letra

me escrebió en estos conceutos:

«Juan, en tanto que decido
quién ha de ocupar su puesto,
tú harás en todo y por todo
las veces del probe muerto.»
De lo dicho acá, dos meses
van corridos, y de nuevo
nada ocurrió; conque, ansí,
soy mayordomo de hecho.

TOMASA

¡Pues!, ¡oficio sin salario
le place al amo, lo creo!
Como te ven un Juan Lanas,
abusan.

JUAN

Que agusen, bueno;
el caso es que yo hablo gordo
y gozo todo el respeuto
de mayordomo. ¿No has visto
que a mí mismo, a Juan Cantueso,
vuelve a escrebirle nuestro amo,
y con letrones tan gruesos?

(Saca un papel.)

TOMASA

Dame acá. Con mi jaqueca

de ayer, casi no recuerdo
lo que dice la tal carta.

JUAN

Lee y verás.

TOMASA

Sí que leo.

(Leyendo.)

«Buen Juan, tu antigüedad en mi servicio, y las otras circunstancias que te recomiendan, merecen la preferencia que hago de ti, para anunciarte que mi hija y yo hemos determinado pasar algunas semanas en esa casa de campo, donde almorzaremos, si Dios quiere, mañana veintisiete de junio.»

JUAN

¿Ves?

TOMASA

¡Qué antojo repentino!

JUAN

¿Qué hemos de hacer?... lo tuvieron.

TOMASA

(Que continúa leyendo.)

«Acaso antes que nosotros, llegarán mis amigos el conde de Mondragón y su sobrino don Luis»...
Conque, ¿también convidados?

(Representando.)

Pues, señor, yo me divierto.

¡Tanta gente a que atender,
sin más criada que el trastuelo
de Blasa, que es tan inútil,
tan holgazana!...

JUAN

Pacencia.

El amo...

TOMASA

El amo es un viejo
insufrible, estrafalario.
Ha seis años por adviento,
que pisó aquellos umbrales
la vez postrera.

JUAN

Es muy cierto;
un día estuvo y no más.

TOMASA

Como es la corte su anhelo,
allá se fue desde entonces
hasta hace poco que ha vuelto
a Valencia, y -según dicen-
más maniático y más terco
que nunca.

JUAN

Vamos, Tomasa,
recuerda que el pan comemos
en su casa, y no te pongas
a murmurar sus defeutos.
Cada uno cual Dios lo hizo.

TOMASA

De lo que más me sorprendo
es de que venga su hija.

JUAN

Por conocerla me huelgo.

TOMASA

Yo, de moza, tuve entrada
en aquel semiconvento
de su tía.

JUAN

En paz descanse.

TOMASA

Como hay algún parentesco
entre Beatriz, su nodriza,
y mi padre, el privilegio
de visitarla alcanzaba,
y en verdad que era un portento
de hermosura por entonces
doña Inés; no sé si luego...

JUAN

¡Bah! de aquel tiempo al presente,
veinte años hay de por medio.

TOMASA

Dime, ¿y vendrá la Beatriz
con doña Inés?

JUAN

Volveremos
a ver la carta.

(La saca.)

TOMASA

No, hombre.
Si Beatriz viene, me alegro
del antojo del Barón;
llegue en buen hora.

JUAN

Tu afeuto
por ella es justo; no hay cosa
más natural.

TOMASA

(Con ironía.)

¡Por supuesto!
¡Como se porta tan bien!...
Ya ves, no rompe el silencio
que guarda, va para un año;
y aun hace más no merezco
que, de memoria en señal,
me haya mandado un pañuelo,
una cinta, un alfiler...
¡Venga! ¡Venga! Yo prometo
que me ha de hallar una cara,
que, quiera o no, la dé miedo.

JUAN

Mujer, pues no haces justicia;
que a la Beatriz le debemos
el estar doce años hace
en posesión del empleo
que nos da el pan.

TOMASA

Me parece
que no estábamos hambrientos
allá en casa del Marqués,
cuidando su hermoso huerto,
cuando el Barón nos llamó
-de la nodriza al empeño-
para darte plaza igual
a la que dejabas.

JUAN

Niego
la igualdá, que gano aquí
el doble, y a más campeo
por mi respeuto en la casa.

TOMASA

Y a no ser por mis aumentos,
¿hubiera yo a Castellón
dejado? No, ni por pienso.
El Marqués era un buen amo,

¡y qué jardines aquéllos!...

JUAN

Allá, Tomasa, hizo Dios
un milagro en favor nuestro;
pues -a falta de hijos propios-
nos dio el ángel a quien quiero
más que a mi alma.

TOMASA

Le hace daño
de ese cariño el exceso.

JUAN

¿Daño?

TOMASA

No poco: tu primo,
que hoy logra ser nada menos
que capitán de un buen buque
mercante, con más dinero
que un judío, y con más años
que...

JUAN

De ese asunto no hablemos.
¡Mujer! Me tiemblan las carnes,
¿qué digo carnes?, los güesos,
al recordar que has querido
entregarle mi embeleso
a un extraño.

TOMASA

A un viejo rico,
solterón sin heredero,
y pariente tuyo.

JUAN

¡Calla!

TOMASA

Quiere tener el consuelo
de prohijar a una joven
honrada...

JUAN

Yo no me meto
en lo que él quiera.

TOMASA

¡Egoísta!
¿No ve tu cariño ciego
lo mucho que gana Flora
si, según promete hacerlo,
tu anciano primo la adopta,
y cuando muera...?

JUAN

Acabemos.
¿Quisieras tú que mi niña,
revuelta con marineros,
corriese por esos mundos

siempre al capricho del viento?

TOMASA

A México va Beltrán,
y éste es su viaje postrero.
Bien sabes piensa fijarse
en aquel tan rico suelo,
donde ya tiene una casa
y tierras, y...

JUAN

Buen provecho.

TOMASA

Si adopta por hija a Flora,
como anhela...

JUAN

No consiento.

TOMASA

Pues le impides su ventura.

JUAN

¡Llevársela allá, tan lejos!
¡No quiero, no! ¡Voto a cribas!

TOMASA

Conque, ¿no cedes?

JUAN

No cedo.

TOMASA

¿No me das gusto?

JUAN

No doy.

TOMASA

¿Te rebelas?

JUAN

Me rebelo.

TOMASA

Saldrá del puerto mañana
la *Tisbe*.

JUAN

¿Sí? Le deseo
feliz viaje.

TOMASA

Y por ser tú
tan obstinado y tan necio,
pierde la niña un buen padre
que la deparaba el cielo.

JUAN

Sin padres vino a este mundo,
y se pasará sin ellos.

TOMASA

Corriente; pero ¡cuidado
con la lengua!... Te lo advierto.
No hay que hablar con los señores
de Flora, ni del misterio

de su origen.

JUAN

¿Por qué causa?

TOMASA

Primera, porque lo ordeno.

JUAN

Ya!

TOMASA

Segunda, porque a nadie
le interesa aquel secreto;
y tercera, porque basta
para callar un suceso
saber que aunque lo oigan muchos
ninguno habrá de creerlo.

JUAN

¡Eso sí! que es tan extraña
la cosa... pero ¿qué debo
responder si ven a Flora
y me preguntan?

TOMASA

¡Mostrenco!,
respondes que es hija tuya,
y hete aquí que acaba el cuento.
Además, pueden no verla;
bien sabes cuál es su genio

y cómo huye de las gentes.

JUAN

Las flores son su universo.

TOMASA

Desde que viste aquel traje
tan rico y tan pintoresco,
que hace que al verla se rían
pescadores y labriegos,
le agrada más andar sola,
y yo misma apenas puedo
echarla la vista encima.
¡Oh! ¡no sabes lo que peno
con la tal niña! Es muy mona,
tiene donaire, despejo,
buen corazón; mas carácter
tan caprichoso y travieso,
no vi jamás.

JUAN

¡Vida mía!,
me tiene embobado, lelo.
¡Es tan relinda!

TOMASA

¡Y tú eres
tan padrote!

JUAN

Lo confieso.

TOMASA

Me la pierdes con tus mimos,
y te gastas el dinero
para adornarla a su antojo.
En fin, pues huéspedes tengo,
despertaré a los criados.

Lo que es ella, ten por cierto
que ya no estará en la cama.
Por más que grito y pateo,
no consigo que la aurora
la halle jamás bajo techo.

JUAN

Bueno es que madrugue.

TOMASA

        En cambio,
aún estará como un leño
la posma de Blasa.

JUAN

        Escucha...
debe haber alguien dispierto:
me parece que oigo ruido.

TOMASA

Sí que lo hay, mas no es adentro.
¡Juan!, galope de caballos...

JUAN

(Acercándose a la verja.)

Serán el Conde y su deudo...

TOMASA

¡Ay Dios!, ¡tan de madrugada
se nos vienen!...

JUAN

Dicho y hecho.
Se paran ante la verja...
Echan pie a tierra...

TOMASA

Abre presto.

JUAN

(Abriendo.)

¡Qué guapo mozo es el uno!

TOMASA

El otro tampoco es feo.
Aquí están.

Escena II

TOMASA, JUAN, EL CONDE y DON LUIS.

EL CONDE

¡Hola!, ¿ya hay gente levantada?

JUAN

(Haciendo reverencias exageradas.)

El jardinero...
servidor...

EL CONDE

Cúbrete, amigo.

JUAN

¡Yo!...

EL CONDE

¡Cúbrete! Hace fresco.

JUAN

(Siempre haciendo cortesías.)

Mas en presencia de usía...

TOMASA

¡Obedece, hombre!

JUAN

(Calándose el sombrero.)

Obedezco.

Ésta es mi mujer, Tomasa,
y yo soy Juan.

EL CONDE

Lo celebro.

TOMASA

Dispongan sus señorías
lo que gusten.

JUAN

Los dos semos
uno solo a su servicio.

EL CONDE

Gracias. De polvo cubiertos,
cepillos y agua, buen hombre,
nos vendrán bien.

JUAN

Al momento.
Aquí hay de todo. Nuestro amo
-aunque muy poco lo vemos-
se ha gastado un dineral
en esta finca. Paseos,
jardines, fuentes, y...

(A TOMASA.)

Dime,
¿cómo llama a los muñecos
de piedra?

TOMASA

Estatuas.

JUAN

(Al CONDE.)

Y estuatuas
de todo hay.

EL CONDE

Sí, ya estoy viendo
parte de aquesos primores
en este vergel ameno.

TOMASA

Si gustan de entrar...

EL CONDE

La aurora
se ostenta alegre; el arreglo
dispón de cuartos y baños,
que el aviso esperaremos
aquí.

TOMASA

Todo por mí misma
va a ser al punto dispuesto.

(Saluda y se va.)

JUAN

Si me dan su permisión,
también con ella me ausento.

EL CONDE

Ve con Dios.

JUAN

(Repitiendo sus cortesías.)

Él guarde a usía...
y al otro usía... Sus pies beso.

Escena III

EL CONDE y DON LUIS.

(El primero se acerca al segundo, que está apoyado en un banco del jardín, con aire pensativo.)

EL CONDE

¡Alza esa frente!, ¡alegría!
¿Qué es lo que así te entristece,
cuando sereno amanece
de tu boda el fausto día?

DON LUIS

En silencio me despido
de la dulce libertad.

EL CONDE

Por servir a una deidad
tan bella cual es Cupido,
se renuncia sin dolor
a esa libertad... tan sosa.

DON LUIS

Mas dejarla es triste cosa
cuando no se siente amor.

EL CONDE

Ya vendrá; que no es Inés
dama de mérito escaso.

DON LUIS

El hecho es que yo me caso
cuando cumplo veinte y tres
años, y ella en los cuarenta
está frisando.

EL CONDE

No hay tal.
Treinta y seis tiene.

DON LUIS

(Paseándose agitado.)

Es igual;
en fin, no ajusto la cuenta
de la edad de mi futura;
pues la boda a usted le agrada
y la tiene concertada,
se hará.

EL CONDE

¡Luis!, por tu ventura
es todo el anhelo mío;
consejos mi amor te dio,
mas nunca pretendí, no,
forzar tu libre albedrío.

Si a cabo este enlace llevo,
es porque tú has consentido.

DON LUIS

Al que por padre he tenido,
en todo complacer debo.

EL CONDE

Tu madre, mi buena hermana,
al pasar a mejor vida
me fio la prenda querida
de su ternura, y me afana
miedo pueril de que sea
mi destino contagioso,
y nunca padre ni esposo
feliz y honrado te vea.
Esto explica el ansia mía
por darte familia, hogar...
No quiero verte llegar
solitario a vejez fría;
pues sé -por propia experiencia-
que en maduro solterón
no hay gozoso corazón,
ni acaso pura conciencia.

DON LUIS

Y ¿sólo en Inés pudiera
hallar yo esposa? ¿Se funda

en que ella dé la coyunda,
mi felicidad primera?

EL CONDE

Sabes la estrecha amistad
que con su padre me unía...
Luego, a Inés no conocía,
y hasta ignoraba su edad.
Por recato, o por capricho,
nunca a Madrid quiso ir;
parece que ama el vivir
solitaria.

DON LUIS

Me lo han dicho.
En Valencia, en donde mora
por lo común, pocos son
los que la han visto.

EL CONDE

El Barón,
que -aunque dice que la adora-
casi siempre ha residido
en la corte, lejos de ella,
lloraba el verla doncella,
y quiso darla un marido.
Como es en todo extremoso,
aquel enlace de su hija

llegó a hacerse idea fija
en él, y -a fuer de temoso-
allá en su nimia conciencia
casi se forjó un deber
de no dejar en mujer
celibataria su herencia.
Hablome de esta manía
más de una vez, y entendí
que yerno buscaba en mí,
aunque no me lo decía.

DON LUIS

Y puesto en trance cruel,
dijo usted: «Tengo un sobrino».

EL CONDE

Pensando darle destino
brillante, muy digno de él.
Única y noble heredera
es doña Inés, su recato
ponderaban, y un retrato
me mostró ser hechicera.
Quise, pues, tan buen partido
aprovechar para ti;
sanos consejos te di,
y tú luego has decidido.

DON LUIS

Viendo en usted tanto empeño,
tanto afán...

EL CONDE

Era muy justo.

DON LUIS

Yo quise darle a usted gusto.

EL CONDE

¡Mostrando tarde ese ceño!

DON LUIS

Ya ha visto usted que obediente
di a Madrid mi despedida,
la novia desconocida
corriendo a ver impaciente.

EL CONDE

Sí, mas apenas llegamos
a Valencia y conociste
a Inés, te ostentas tan triste,
tan sombrío...

DON LUIS

¡Ah! Pues tocamos
ese punto, ¿no es bastante
que -escuchando cuanto escucho-
los enojos con que lucho
sólo revele el semblante?
Bien sabe usted que la dama

cede del padre al tesón;
que muy alto su aversión
por este enlace proclama;
y casarme sin amor
con quien me muestra desvío.

EL CONDE

Te adorará, yo lo fío,
al conocerte mejor.
No es posible anhelo amante
en los que apenas se han visto.

DON LUIS

Lo que es yo, si un siglo existo,
y la veo a cada instante,
de no amarla estoy seguro.

EL CONDE

¡Bah!, pensara quien te oyera
que vas a unirte a una fiera.

DON LUIS

No he dicho...

EL CONDE

Pues yo te juro

DON LUIS

(Interrumpiéndole con viveza.)
No hablemos más; ¡por merced!

EL CONDE

Me agrada más que otra alguna.

DON LUIS

Pues teniendo esa fortuna,
¿por qué no se casa usted?

EL CONDE

¿Yo?

DON LUIS

Sí, señor.

EL CONDE

¡Qué locura!

DON LUIS

¿Locura?

EL CONDE

Delito fuera
que yo pensara siquiera...

DON LUIS

Labrara usted su ventura,
y yo no alcanzo el porqué
fuera delito.

EL CONDE

Yo sí.

DON LUIS

¿Piensa usted...?

EL CONDE

(Poniéndose una mano sobre el corazón.)

Siento que aquí

no hay ya entusiasmo ni fe.
Al placer por tiempo largo
vendí mi alma enardecida,
y hoy la copa de mi vida
sólo guarda el dejo amargo.
En ti tengo un heredero,
que es cuanto puedo anhelar;
¿para qué me he de casar,
si dicha ni amor no espero?

DON LUIS

(Con ironía.)
Lo que es yo, la aguardo inmensa;
no habrá otra que se le iguale.
¡Oh! sobre todo, si sale
verdad lo que el vulgo piensa.

EL CONDE

¿El vulgo?

DON LUIS

De él ha nacido,
sin duda cierto rumor....

EL CONDE

¿Rumor dices?

DON LUIS

Sí, señor.
¡Qué!, ¿no ha llegado a su oído?

EL CONDE

Explícate; no sé nada.

DON LUIS

Pues ¡bien circula el tal cuento!

EL CONDE

¿De tu novia en detrimento?...

DON LUIS

No es por nadie vulnerada
su virtud.

EL CONDE

Pues ¿qué se dice?

DON LUIS

Que si el Barón adolece
de extravagancia, aun parece
ser la hija más infelice.

EL CONDE

No comprendo.

DON LUIS

Se asegura....
(Acercándose al CONDE.)
Muy bajito lo diré.

EL CONDE

¿Qué se asegura? ¡Di! ¿Qué?

DON LUIS

Que está loca mi futura.

EL CONDE

¡Loca, Inés!

DON LUIS

Será mentira,
mas harto cunde en Valencia.

EL CONDE

¿Es posible?

DON LUIS

En mi presencia
se ha dicho.

EL CONDE

Mucho me admira
que hasta hoy me lo hayas callado.

DON LUIS

Estando ya en compromiso
tan grave como usted quiso,
¿qué hubiera, Conde, ganado
con decirlo?

EL CONDE

(Con viveza.)
Ante el altar
que estuvieras, no era tarde.

DON LUIS

(Con hipocresía.)
Yo no acojo, ¡Dios me guarde!,
una calumnia.

EL CONDE

Observar,

-aunque la tal voz no creo
por ella ya prevenido,
a Inés hubiera podido.

DON LUIS

(Con ironía.)

Pues hoy me impone himeneo
su yugo, tiempo sobrado
para saber la verdad
de si es loca mi mitad,
tendré después de casado.

EL CONDE

¡Silencio!, que aquí está el tonto
del jardinero.

Escena IV

EL CONDE, DON LUIS y JUAN.

JUAN

(Haciendo reverencias.)

Usirías...

EL CONDE

(Con mal humor.)

Ya basta de cortesías.

JUAN

Vengo a decir que está pronto
todo: cuartos, camas, baños...
si gustan...

EL CONDE

(A DON LUIS.)

Vamos adentro.

DON LUIS

Perfectamente me encuentro;
no estoy cansado.

EL CONDE

A tus años
tampoco yo lo estaría.

DON LUIS

Aquí, entre flores, prefiero
gozar del albor primero
que esparce el naciente día.

EL CONDE

Pues hasta luego.

DON LUIS

En buen hora.

EL CONDE

Contando ya doble veinte,
sólo en mi lecho caliente
amo el frescor de la aurora.

DON LUIS

Aún no es tarde para el sueño.

JUAN

(Señalando al CONDE la entrada de la casa.)
Por aquí.

EL CONDE

Marcha delante.

JUAN

¿Yo? ¡No, pardiez!, muerto antes.

EL CONDE

Debes guiarme.

JUAN

Vano empeño;
no soy tan palurdo yo.

EL CONDE

Si no conozco la casa...

JUAN

Pero el siervo nunca pasa
antes que el amo.

EL CONDE

Sí...

JUAN

(Con fuerza.)

¡No!,
¡no paso!

EL CONDE

(Impaciente.)

Pero...

JUAN

No hay peros...
corteses semos aquí.

EL CONDE

(Entrando.)

¡Que el diablo te lleve!

JUAN

(Siguiendo al CONDE.)

¡Ansí!
Siempre el primero, primero.

Escena V

DON LUIS y después FLORA.

DON LUIS

Pues señor, si ello ha de ser,
vale más que aquí se pase
el mal trago; que me case
do pocos lo puedan ver.
Le agradezco a mi futura
pusiese por condición
que en aquesta posesión
se inaugure mi ventura.

(Se sienta en el banco de la derecha.)

¡Mi ventura!... ¡Oh Dios!... ¡Paciencia!
¿Hay bien, hay dicha en el mundo?
¡Todo es amargo e inmundo
en esta infausta existencia!

FLORA

(Cantando dentro de la glorieta.)

Bella es la vida,
bella es la flor,
pues de ambas cuida
su excelso autor.

Mas es preciso
que haya en las dos
-Pues Dios lo quiso,
sin duda alguna
lo quiso Dios-,
perfume en la una,
y en la otra amor.
¡Lo quiso Dios!
¡Lo quiso Dios!

DON LUIS

(Levantándose.)

Cielos, ¿qué voz peregrina
responde a mi pensamiento?...
¿Es de un querube ese acento?

(FLORA aparece en el jardín, saliendo de la glorieta, con traje caprichoso y pintoresco, y sin reparar en DON LUIS, acaricia y habla a las flores.)

¡Ah! ¡Qué aparición divina!

FLORA

¿Por qué, violeta, por qué te escondes,
visible sólo del aire vago,
cuando a buscarte con dulce halago,
al par venimos el alba y yo?
Ella te ofrece sus ricas perlas,
y yo por trono mi pecho amante,

do viento, lluvia, o insecto errante,
no podrán nunca dañarte, no.
¡Ven a mí!
(La arranca.)
¡Frágil -cual tú- y modesta,
también yo tengo secreto asilo,
en donde pueda latir tranquilo
y alegre siempre mi corazón!
Sobre él descansa, y en tomo cunda
tu hálito puro, que el aura bebe,
y ella en sus alas al par se lleve
de aquestos besos el dulce son.
(La besa.)

DON LUIS

(Aparte.)
¡Qué voz! ¡Qué gracia! ¡Imposible
imaginar cosa igual!
¡Éste es un ser ideal!
¡Tiene un encanto indecible!

FLORA

¡Rosa!
¡qué orgullosa!
¡qué guardada estás!
¡Finas
tus espinas,
me han herido ya!
Si porque eres bella

te muestras tan vana,
yo -siendo tu hermana-
soberbia no soy;
y es, más que tú, fresca
mi boca riente,
que la vi en la fuente
de los sauces hoy.
¡Cede!.
que así puede
te perdone yo,
hora
que la aurora
nos ríe a las dos.

(Coge una rosa.)

DON LUIS

(Aparte.)

Yo saldré de este jardín
pagano, creyendo en Flora,
y en las Ninfas, y en la Aurora,
y en todo el Olimpo, en fin.

FLORA

¡Oh, blanca azucena!, no esperes
del sol la caricia traidora;
¡te deja marchita, inodora,

y él sigue su marcha triunfal!

Mas es -como el alba- apacible
y suave mi amor, que te llama;
tu aroma en mi seno derrama,
que es puro, cual tú, y virginal.

(Se adelanta al proscenio con las flores en la mano.)

DON LUIS

(Aparte.)

¡Se adelanta! ¡Viene aquí!
Temblor el gozo me da.

FLORA

(Sin ver a DON LUIS.)

Violeta, rosa, azucena,
juntitas habéis de estar;
que forman bello conjunto
candor, modestia y beldad.

DON LUIS

(Acercándose a ella.)

Sólo en ti tantos hechizos
se hallan, ¡mujer celestial!

(FLORA da un grito y huye por la izquierda, dejando caer las flores.)

¡Tente! si no eres del alba
una emanación fugaz...

¡Despareció!... ¿Será un sueño
todo esto?... No, que aquí están
sus flores.

(Las recoge.)

¡Flores preciosas,
que vi a sus labios tocar,
y que imitan la frescura
de aquella angélica faz!

(Las besa también.)

FLORA

(Que aparece otra vez por el fondo, recatándose.)

¡Ay, qué susto!... ¿Se habrá ido?...
No, por cierto. ¿Quién será?
Sin ser vista quiero verle,
de estos rosales detrás.

(Se coloca detrás de un grupo de rosales, y asoma la cabeza por entre su florido ramaje.)

DON LUIS

¡Rosa, azucena, violeta!
no me dejaréis jamás.

(Vuelve a besarlas.)

FLORA

¡Besa mis flores!... ¡nos ama!
siendo así, no temo ya.

DON LUIS

En mi pecho os deposito.

FLORA

¡Qué bueno es y qué galán
¡Violeta, azucena, rosa,
una compañera os va!

(Se quita del cabello una hermosa flor de lis y se la arroja a DON LUIS.)

DON LUIS

¡Cielos!... ¡esta flor!... ¡es de ella!

(La coge.)

¡La vi en ella! ¿Dónde estás
tú, que el alma me has robado,
ángel, sílfide o mortal?

FLORA

Te escucho.

DON LUIS

¡Ah! ¡Sí: ya te veo!
¿Quién eres? di, ¡por piedad!

FLORA

Soy Flora.

DON LUIS

(Sorprendido.)

¡Flora!

FLORA

Y te amo.

DON LUIS

(Con asombro.)

¿Me amas?

FLORA

¿Pues no te he de amar,
si miro cuánto nos quieres
y qué de besos nos das?

DON LUIS

¿A quién?

FLORA

¿Qué duda? A nosotras.
¿De tu cariño en señal,
no nos guardas en tu seno
con tan solícito afán?

DON LUIS

Pero... ¿eres mujer... o flor?...

FLORA

Mujer y flor, ¿no es igual?
Mujer me dicen que soy,
y yo siento sin cesar
que soy flor.

DON LUIS

(Acercándose a los rosales, entre los cuales permanece FLORA.)

Flor de los cielos,
pues no eres tú terrenal,
y hermosura que te iguale

nunca en el mundo verás.

FLORA

Te veo a ti, que me asombras.
Jamás llegué a imaginar
que un hombre hubiese en la tierra
tan diferente de Juan,
Pedro, Pablo, Diego, Antonio,
Benito, Ignacio y Tomás,
que son los que he conocido.
Cuando en el puro cristal
me miraba de las fuentes,
cual piensas, llegué a pensar
que era yo lo más hermoso
del mundo; pero ¡no hay tal!
¿Ves cómo es bella en Oriente
la luz que creciendo va?
¡Pues resplandecen tus ojos
con más grata claridad!
¿Ves cuán lindas son las flores,
de la vista dulce imán?
Pues tú más que ellas me agradas...
¡Sí!, ¡más que ellas!... ¡mucho más!

DON LUIS

¡Ah, pues deja que a tus pies!...

(Ella desaparece entre las flores, al caer DON LUIS a sus plantas.)

¡Flora!... ¡Flora!... ¡voto a...!
¡Volvió a escaparse!... ¡no hay duda!...
pero ¿adónde? ¿adónde irás,
que yo no te encuentre, seas
flor, mujer, duende o deidad?

(Va a salir y se encuentra con JUAN.)

Escena VI

DON LUIS y JUAN.

JUAN

Pues usía no se acuesta,
se puede desayunar
si quiere: no ha de faltar
con qué: Tomasa es dispuesta.

DON LUIS

¡Buen hombre, dime!, ¡por Dios!,
¿qué mujer habita aquí?

JUAN

Ella; Tomasa.

DON LUIS

No.

JUAN

¡Sí!
Aquí habitamos los dos.

DON LUIS

Pero habrá en las cercanías
dama que aquí tenga entrada.

JUAN

Ramona -la jorobada

venir suele algunos días
del Cabañal, y la Bruna,
que es agüela de la Blasa
que sirve ha tiempo en la casa.

DON LUIS

Y ¿qué otra?

JUAN

¿Qué otra?... nenguna.

DON LUIS

Pues si hace sólo un instante
que en este sitio otra he visto,
y estoy loco.

JUAN

¡Jesucristo!
¡Loco!

DON LUIS

Sí, Juan, delirante.
De entre esas flores brotó
la aparición seductora...

JUAN

¿De entre esas flores?

DON LUIS

Y Flora
el nombre fue que se dio.

JUAN

¡Ah!

DON LUIS

¿La conoces?

JUAN

(Con misterio.)

Es ella.

DON LUIS

¿Quién es ella?

JUAN

Flora.

DON LUIS

¡Juan!
no te burles de mi afán.
¿Quién es?

JUAN

Es... una doncella.

DON LUIS

Sin duda noble ha nacido.

JUAN

¡Chist!... no hablar de nacimiento.

(Mirando con recelo alrededor.)

DON LUIS

¿Por qué razón?

JUAN

Yo no miento,
y Tomasa ha prohebido
que se diga la verdad.

DON LUIS

¿La verdad?

JUAN

Como es la cosa
tan rara y tan milagrosa...
¡no quiero hablar!...

DON LUIS

¡Por piedad!

JUAN

Tiene un genio mi mujer
¡más malo, más vengativo!,
ansí como esclavo vivo.

DON LUIS

Pero, ¿qué puedes temer
por decirme?

JUAN

¡Chist!, parece
que oigo pasos.

DON LUIS

No, no es nada.

JUAN

Si atisbara recatada
Tomasa... ¡ay, Dios!, me estremece
esa duda.

DON LUIS

Nadie escucha;
hablar puedes sin temor.

JUAN

Voy a hablar, pues, sí señor
pero es imprudencia mucha;
porque si Tomasa llega
a saber que se lo he dicho
¡es mi mujer muy mal bicho!
Cuando se atufa, me pega.

DON LUIS

(Impaciente.)

No temas, no.

JUAN

Pues decía
que en cuanto a lo de nacer,
no le puedo responder
ni bueno ni malo a usía.
Flora, hablando sin primores,
¿quién puede decir nació?

DON LUIS

¿Pues no lo sabes tú?

JUAN

No.

DON LUIS

¿No tiene madre?

JUAN

Las flores.

DON LUIS

¿Las flores?

JUAN

¡Pues! yo me fundo:
téngalo por cosa fija;
si de las flores no es hija,
sin padres vino a este mundo.

DON LUIS

¡Explícate, hombre!

JUAN

Sí haré,
contando con el secreto.

DON LUIS

Perdurable lo prometo.

JUAN

Y ¿no oye naide?

DON LUIS

No, a fe.

JUAN

Digo, pues que el mes pasado
diez y seis años cumplieron...
¿diez y seis?... ¡justos!... me dieron
la plaza recién casado.
Supongo que ya sabrá
que a cierto marqués servía
por entonces.

DON LUIS

No sabía...

JUAN

Pues yo se lo advierto ya.
En Castellón jardinero
era del dicho marqués,
pero cuatro años dempués
de casado, un heredero,
como dicen, no lograba,
porque es Tomasa estéril.

DON LUIS

¡Hombre! ¡Abrevia, por dos mil
santos!

JUAN

Yo a ellos les rogaba
que me alcanzasen consuelo,
pues di en andar caviloso
por aquello, y vergoñoso,
siempre entre murria y desvelo.

DON LUIS

¡Adelante!

JUAN

Pues señor,
el día último de mayo,
cuando apenas via un rayo
de luz, al primer albor

del alba, me levanté
tan triste como solía...
Mi mujer largo dormía,
mas yo siempre madrugué.

DON LUIS

¡Prosigue!

JUAN

Mi regadera
tomo en la mano, y me voy
-tal parece que fue hoy-
a mi obligación primera.
Pero explicar no sabré
cuál fue mi gozo, mi encanto,
cuando encontré, cielo santo,
lo que anhelaba...

DON LUIS

¿Qué?

JUAN

¡Qué!
Allá en mi propio jardín
-que durmió muy bien cerrado
entre flores rebujado
al más lindo serafín.

DON LUIS

¿A Flora?

JUAN

Se sonreía
sintiéndose en su elemento
como quien dice. Al momento
la tomé en brazos; creía
casi casi estar demente;
pero el caso es que pensando
en el cómo y en el cuándo
la pusieron, de repente
descubro, señor don Luis,
que tiene la criatura,
en tal parte, la figura
(Señalándose un hombro.)
de una hermosa flor de lis.

DON LUIS

¡Qué escucho!

JUAN

Cual la produce
la planta que allí ve usía.
Con esto, ¿quién dudaría?...
Bien la verdad se diduce;
y ansí Tomasa bien hizo,
lo dije entonces y ahora,
en que con nombre de Flora
la trujesen del bautizo.
Yo en el prencipio pensaba

que era un ángel solamente,
que Dios, oyendo clemente
mis súplicas, me enviaba;
pero observando mejor
muy claro he visto dempués,
que no hay duda, que ella es
revuelta de ángel y flor.

DON LUIS

¡Relato extraño!

JUAN

Al mirar
mi duelo por no haber hijo,
Dios a las flores les dijo:
«Os toca a vosotras dar,
pues tanto siempre os amó
y hoy le veis tan pesaroso,
en un fruto milagroso
el bien que a mí me pidió.»

DON LUIS

Conque, Flora... ¡qué misterio!

JUAN

(Haciendo ademán de indicar la corta estatura de la niña.)

Tamañita ansí, sabía
que de flores procedía:
¡no, no hay aquí gatuperio!

DON LUIS

Pero las flores

JUAN

No dude.

Sus madres son, sin falencia.

DON LUIS

El pensar eso es demencia.

JUAN

No hará que de opinión mude;
lo que pienso pensaré.

DON LUIS

Cuanto te escucho me asombra.

JUAN

Ella, cuando a ellas las nombra,
dice nosotras.

DON LUIS

Lo sé.

JUAN

De muy pequeña dormía
como en regazo materno
en el jardín, y en invierno
cuando él sus galas perdía
quedaba ella sin colores,
mustia, blanca, cual marfil;
pero en llegando el abril
retoñaba con las flores.

DON LUIS

¡La historia es extraordinaria!

JUAN

Aquí, como en Castellón,
las flores su mundo son;
porque vive solitaria.

DON LUIS

Pero...

JUAN

Es cosa lo que existe
entre ellas tal, que enfermó
Flora una vez, y quedó
todo el jardín mustio y triste.

DON LUIS

¿Es posible?

JUAN

¡Juan no miente!

DON LUIS

¡Qué pasmosa simpatía!

JUAN

Pasé un día y otro día
sin verlo, mientras doliente
se halló mi niña...

DON LUIS

(Sonriendo.)

¡Ya!

JUAN

Luego
la obligación recordé,
y fui al jardín; mas no hallé
flores a las que dar riego.

DON LUIS

No lo dudo.

JUAN

¡Digo! Y ¿sabe
por qué cobró la salú
la niña?

DON LUIS

No.

JUAN

Por virtú
de sus madres: fue muy grave
su enfermedá, muy tirana;
mas todo al punto cesó
cuando el médico mandó
de flores una tisana.

DON LUIS

¿Y jamás has sospechado
que otra madre pueda haber?

JUAN

¿Cómo? ¿otra madre mujer?
Es pensar en lo excusado.

Naide me quita la idea...
Pero ¡silencio!, oigo ruido.

TOMASA

(Dentro.)
¡Juan!

JUAN

¡Es Tomasa!

TOMASA

¡Marido!

Escena VII

DON LUIS, JUAN y TOMASA.

(TOMASA sale apresurada.)

TOMASA

¿Estás sordo?... En la azotea
he visto venir corriendo
un coche.

JUAN

Serán los amos,
sin duda.

TOMASA

¡Pues corre! Vamos
a recibirlos.

(JUAN hace señas a DON LUIS de que no olvide el secreto.)

DON LUIS

Te entiendo.

Escena VIII

DON LUIS.

DON LUIS

¡Éste es un mundo de encantos!
Que estoy soñando imagino.
¿Quién es el ser peregrino
que envuelve prodigios tantos?...

Misterioso nacimiento,
con una flor en el hombro!...
De cuanto escucho me asombro...
pero aún más de lo que siento.

(Besando la flor de lis que le dio FLORA.)

¡Tú, que en su tez blanca y lisa
tan raro sello has impreso,
recibe este ardiente beso,
y sé desde hoy mi divisa!

(La pone en su ojal.)

Escena IX

DON LUIS, EL BARÓN, DOÑA INÉS, BEATRIZ, TOMASA, JUAN y criados.

(Los criados que los siguen, entran en la casa conduciendo maletas y comestibles.)

TOMASA

Bien venidos a su casa
hoy, nuestros amos queridos.

JUAN

Que sean muy bien venidos,
como lo dice Tomasa.

EL BARÓN

Gracias, gracias. ¡Eh!, los brazos,
mi amado Luis.
(Lo abraza.)
¿No creías
que tan temprano tendrías
aquí a tu novia? Los plazos
quiero abreviar; me impaciento
por darte pronto de hijo
el dulce nombre.

JUAN

(Bajo a TOMASA.)

¿Qué dijo?

TOMASA

(Lo mismo.)

¡Ay, Juan!, ¡que habrá casamiento!

DON LUIS

(Acercándosele.)

Amable Inés...

DOÑA INÉS

(Sin mirarle.)

Buenos días,
señor don Luis.

EL BARÓN

Esta noche
vendrá el vicario en mi coche.
Hija, ¿por qué te desvías?

DOÑA INÉS

Estoy cansada.

(Se sienta y queda pensativa.)

EL BARÓN

(A DON LUIS.)

Como es
el buen vicario mi amigo,
sin rogar mucho, consigo
que él mismo te una a tu Inés.
Todo lo tiene arreglado.

DON LUIS

(Suspirando.)
Lo agradezco.

TOMASA

(A JUAN.)
Aquí es la boda.

EL BARÓN

Se me alegra el alma toda;
el gozo me ha remozado.

DON LUIS

También yo...
(Aparte.)
No sé mentir.

EL BARÓN

¡Feliz instante! Mas ¿dónde
se nos oculta el buen conde
de Mondragón?

DON LUIS

Fue a dormir
un rato.

EL BARÓN

¡Qué!, ¿dormir hoy?

DON LUIS

Siempre descansa hasta tarde,
y hoy madrugó.

EL BARÓN

¡Qué cobarde!

¡Ven!, que de la cama voy
a sacarle, y... ¡voto a tal!
que de su sueño en castigo,
quiera o no quiera, le obligo
a que os haga un madrigal
epitalámico.

DON LUIS

(Con sonrisa forzada.)

¡Ah! sí.

EL BARÓN

(Tomándole el brazo y llevándoselo.)

Ya yo lo tengo empezado.

DON LUIS

¿De veras?

EL BARÓN

Muy delicado...
El borrador traigo aquí.

(Entran a la casa.)

Escena X

DOÑA INÉS, BEATRIZ, TOMASA y JUAN.

TOMASA

Señorita, si está usted
fatigada...

BEATRIZ

(Respondiendo por DOÑA INÉS.)

Sí; te ruego
que el lecho prepares luego.

TOMASA

(Con soflama.)

¡Ah, prima!, es mucha merced
que me hables, pues yo pensaba
que olvidada con las glorias
de las antiguas memorias

BEATRIZ

(Con viveza.)

No, prima; nada olvidaba.

(Aparte.)

Rabiando está por hablar
esta necia

TOMASA

Yo temía.

BEATRIZ

(Interrumpiéndola.)

Sin fundamento, a fe mía;
mi amor te sabré probar
más tarde

TOMASA

(Con intención.)

¡Bien! pues me voy;
si algo quiere doña Inés

BEATRIZ

Nada; adiós.

TOMASA

Hasta después.

(Se va con JUAN.)

Escena XI

DOÑA INÉS y BEATRIZ.

BEATRIZ

(Aparte.)

(De miedo temblando estoy.)

(Acercándose a DOÑA INÉS.)

¿Qué cavilas?

DOÑA INÉS

¡Ay, Beatriz!
Por instantes desfallezco.
¡Si es tanto lo que padezco!
¡Me siento tan infeliz!

BEATRIZ

¿Infeliz por ser esposa
de un joven bello, elegante?
Hoy no le adoras amante,
mas luego será otra cosa.

DOÑA INÉS

Si en mi juventud primera
el amor no halló cabida,
cuando declina mi vida,
mal abrigarlo pudiera.

BEATRIZ

Es verdad que no has amado,
mas por eso mismo creo
que llevando al himeneo
un corazón no gastado...

DOÑA INÉS

Gasta también el pesar,
(Llevándose una mano al corazón.)
y aquí se guarda uno eterno.

BEATRIZ

Al lado de esposo tierno,
ya te sabrás consolar.

DOÑA INÉS

No debo unir a otra suerte
mi suerte, por Dios maldita.

BEATRIZ

Que digas eso me irrita.

DOÑA INÉS

¡Grata me fuera la muerte!

BEATRIZ

Dios no maldice jamás
a la inocencia; ¡es locura!
¿No eres como la luz pura,
y lo has sido y lo serás?

DOÑA INÉS

Es cierto; nunca en esta alma
cupo delito o flaqueza;
mas del hado la fiereza
robó por siempre su calma;
y sólo en gran soledad
y en retiro religioso
hallar pudiera reposo,
ya que no felicidad.

BEATRIZ

Si era el ser monja tu anhelo,
y hoy te casan, ten paciencia,
que también en la obediencia
encuentra mérito el cielo.
Pero ¿a qué vino el rogar
que la boda fuese aquí?

DOÑA INÉS

Lo que a mi padre pedí
sin escoger el lugar
fue que en el campo se hiciese,
y él luego eligió esta casa.

BEATRIZ

(Aparte.)
¡Dónde se encuentra Tomasa!

DOÑA INÉS

¿Te pesa?

BEATRIZ

No es que me pese...
¿Por qué razón? Mas no hallaba
motivo de preferencia.

DOÑA INÉS

Quise salir de Valencia;
nada más.

BEATRIZ

Bien.

DOÑA INÉS

Me apenaba
ver gentes y escuchar ruido.

BEATRIZ

Siendo así, mejor estás
aquí, do a nadie verás
sino a tu padre y marido.

DOÑA INÉS

¡No!, me engañé al presumir
que respirando otro ambiente,
pudiera el pecho doliente
con menos pena latir;
pues por instantes - ¡lo siento! -
su afán se aumenta más hondo,
y allá se agita en su fondo
no sé qué presentimiento...

BEATRIZ

¡Vaya extrañas aprehensiones!
No hay quién te pueda aguantar.
¡Siempre ese mismo cantar!

DOÑA INÉS

Por Dios, no más reprensiones.
Mira que padezco mucho,
que cuanto miro me enoja,
sufriendo extraña congoja,
contra la que en vano lucho;
pues la ilusión que avasalla
mis sentidos, tanto crece,
que por doquier me parece
ver brotar...

BEATRIZ

Se acercan; ¡calla!

Escena XII

DOÑA INÉS, BEATRIZ, EL CONDE, EL BARÓN y DON LUIS.

EL BARÓN

Nada, Conde; no hay excusa:
forzosa es la penitencia.

EL CONDE

Si dicta Inés la sentencia...

EL BARÓN

La dicta, y será la musa
inspiradora.

EL CONDE

(Acercándose a DOÑA INÉS con galantería, pero con miradas observadoras.)

En tal caso,
que quiera o no quiera Apolo,
puede ascender el más bolo
a la cumbre del Parnaso.

(A ella.)

Y el viaje, ¿fue divertido?

BEATRIZ

(Viendo que, distraída, DOÑA INÉS no contesta.)

No acostumbra madrugar,
y se ha debido cansar.

EL CONDE

(Mirando siempre a DOÑA INÉS como observando.)

Cierto.

EL BARÓN

(A DON LUIS, con quien hablaba bajo.)

Sí; tenlo entendido:
no conejos; mas perdices,
cuantas quieras.

DON LUIS

Las prefiero.

EL BARÓN

¡Y tengo yo un perdiguero!...
¡Oh, momentos muy felices,
querido Luis, nos esperan!

EL CONDE

(Aparte y siempre mirando a DOÑA INÉS.)

Será tal vez aprensión;
mas le hallo un aire...

EL BARÓN

(Mirando su reloj.)

Ya son
las siete y diez. Cuando quieran
el desayuno... yo siento
un apetito bestial.
¡Conde!, luego el madrigal;
ahora la mesa.

EL CONDE

Consiento.

(Aparte, volviendo a DOÑA INÉS, que continúa distraída de la conversación y con la mirada fija.)

¡Qué chasco fuera!

EL BARÓN

(A DON LUIS.)

A Inesita

darás el brazo.

(Toma él el del CONDE.)

DON LUIS

(Acercándose.)

Señora

BEATRIZ

(A DOÑA INÉS.)

Adentro vamos ahora.

DON LUIS

(Ofreciendo el brazo a DOÑA INÉS, que se levanta como maquinalmente.)

Y espero que usted permita...

DOÑA INÉS

Muchas gracias.

(Al mirar a DON LUIS, retrocede espantada, lanzando un grito agudo y huye entrando en la casa.)

¡Ah!

BEATRIZ

¡Dios mío!

(Entra en pos de DOÑA INÉS.)

DON LUIS

¿Qué es esto?

EL CONDE

¡Cielos!

EL BARÓN

Yo corro.
¡Un accidente!... ¡socorro!

(Corre en pos de DOÑA INÉS.)

EL CONDE

(Aparte.)
¡Buena la hemos hecho!

DON LUIS

¡Tío!...

Escena XIII

EL CONDE y DON LUIS.

EL CONDE

Nada me digas, ¡lo veo!

DON LUIS

¿Qué le ha dado a esa mujer?

EL CONDE

Es bien claro, a mi entender.

DON LUIS

¿Usted sospecha?...

EL CONDE

No: creo,
creo, Luis, que era fundado
aquel rumor popular,
y que libre te has de hallar
de un empeño desgraciado.

DON LUIS

¡Ay, Conde! ¡Quiéralo el cielo!
¡Sálveme usted, por piedad!
La perdida libertad
ahora más que nunca anhelo.
Cuando me obligué a aceptar

ese enlace, a nadie amaba,
y a la esposa que me daba
pensé poder soportar;
mas hoy, que abriga mi pecho
una pasión viva, ardiente,
justo es que el lazo inclemente
quede por siempre deshecho.

EL CONDE

¡Pardiez! ¿Qué extraño temor
te ha impedido el decir antes
todo eso? Ha pocos instantes
que aquí hablamos, y ese amor
no inferí ni por asomo.

DON LUIS

Es que entonces no existía
la pasión que al alma mía
subyuga, esclaviza...

EL CONDE

¡Cómo!
¿No amabas hace un momento?

DON LUIS

No señor.

EL CONDE

¿Te estás burlando?

DON LUIS

Se engaña usted.

EL CONDE

¿Por quién, cuándo
nació ese amor tan violento?

DON LUIS

Nació aquí.

EL CONDE

No puede ser
que haya mujer en la casa
que te inspirase... ¿Es Tomasa?

DON LUIS

No es Tomasa, ni es mujer.

EL CONDE

(Retrocediendo.)
¡Luis!

DON LUIS

Enciende mis amores
un ser raro, indefinible,
misterioso, incomprensible...
¡una hija, en fin, de las flores!

EL CONDE

(Aparte.)
¡Señor! ¿Si será epidemia?...

DON LUIS

(Con calor y vehemencia.)
Designar con nombre humano

al producto de un arcano
me pareciera blasfemia.
¡Ella es ella, y nada más!

(EL CONDE lo oye y lo mira asombrado.)

Sólo esto decirse puede:
a todo lo bello excede;
no tendrá copia jamás.
¡Conde!, ¿ve usted este jardín?...
¡Pues desde hoy es mi universo!
Si un hado injusto y adverso
me arrastrase hasta el confín
más remoto de la tierra,
doquier tuviera presente
a los ojos de mi mente
la maravilla que encierra.
Con la impresión poderosa
que toda mi alma enajena,
diera culto a la azucena,
me postrara ante la rosa,
y en un éxtasis divino
cayendo al ver la violeta...

EL CONDE

¡Luis! ¡Luis! Tu lengua sujeta.
¡Jesús! ¡Cuánto desatino!

DON LUIS

Le asombra a usted mi entusiasmo,
que no alcanza a comprender;
mas si usted la llega a ver,
será más grande su pasmo.
Y si fija sus miradas
en aquellas lindas hojas,
que brillan frescas y rojas
sobre la nieve grabadas...

(Quitándose del ojal la flor de lis.)

¡Oh tío!, ostento en mi seno
la flor celeste que adoro...
Ella es mi bien, mi tesoro,
la beso, de encanto lleno.

EL CONDE

¡Sobrino!...

DON LUIS

¡Y si logro un día,
cual ésta, la otra besar,
me viera el cielo expirar
de placer y de ufanía!

EL CONDE

Pero...

DON LUIS

(En su entusiasmo, habla como si se dirigiese a la flor que tiene en la mano.)

Si escucho un «te amo»
segunda vez en su boca...

con tal palabra, una roca
se inflamara cual me inflamo.
¡Oh! ¡sí! ¡pronúnciela!...

EL CONDE

¡Luis!...

DON LUIS

¡Y rinda yo el alma amante,
cuando mi labio anhelante
se fije en la flor de lis!

(Se va presuroso y besando la flor.)

Escena XIV

EL CONDE y después EL BARÓN.

EL CONDE

¿Qué es esto? ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?
¿Obra aquí algún maleficio,
o habrá en la falta del juicio
contagio oculto y funesto?
Cuanto ha dicho Luis no tiene
ni apariencias de sentido

EL BARÓN

(Saliendo de la casa.)

Pasó lo de Inés; no ha sido
nada; un espasmo. Proviene
todo de amor, caro Conde.
Ya queda muy aliviada.
Nos ruega que la excusemos,
y así, pues, almorzaremos
los tres; pero ¿a dó se esconde
mi yerno? Se habrá asustado.
¡No era el caso para menos!
Pronto los dos, más serenos,
depuesto todo cuidado,

por sí mismos la capilla
que hay en casa adornarán,
y en ella se casarán
esta noche: aunque sencilla
y pobre, pienso...

EL CONDE

¡Barón!,
prudente, preciso creo
diferir este himeneo
para mejor ocasión.

EL BARÓN

¿Qué? ¿Qué dice usted?

EL CONDE

(Con embarazo.)
Padece
Inés, también mi sobrino...
Sí, ya lo dije; yo opino
que no es tiempo...

EL BARÓN

Me parece,
Conde, que usted se chancea.
¿Fuera de sus males cura
retardarles la ventura?
¡Pues no era mala la idea!

EL CONDE

Es que yo llego a creer

que cual las cosas están,
aun teniendo ellos afán
de unirse, no han de poder.

EL BARÓN

¿No han de poder?... ¿Qué razón...?

EL CONDE

Amigo... la hay, a mi ver.

EL BARÓN

Pues decirla es menester.
Si puede impedir la unión,
que ya a mi honor interesa,
reticencias no permito,
porque saber necesito
la causa; ¡la causa expresa!

EL CONDE

¿La causa?

EL BARÓN

¡Pronto!

EL CONDE

Es bien triste.

EL BARÓN

Yo misterios no tolero;
saberla, saberla quiero
si existe.

EL CONDE

Digo que existe.

EL BARÓN

Y ¿provendrá de usted?...

EL CONDE

¡No!

EL BARÓN

¡Entiendo! ¡No diga más!
¡Me afrenta, se vuelve atrás

DON LUIS

Don Luis!... ¿Y sufriré yo?...

EL CONDE

Toda queja es infundada.
Ni yo de ofenderle trato,
ni el enlace desbarato,
ni Luis es culpable en nada.
Quien destruye a su placer
los proyectos de los dos,
quéjese usted de él, ¡es Dios!

EL BARÓN

¿Dios?...

EL CONDE

¡Quién se puede oponer!

EL BARÓN

Mas ¿qué sucede?

EL CONDE

Sucede...
una desgracia increíble
e inesperada.

EL BARÓN

¿Es posible?

EL CONDE

Un obstáculo que excede
a nuestras fuerzas.

EL BARÓN

¡Dios mío!
pues hable usted... ¡por piedad!
si lo que dice es verdad...

EL CONDE

¡Ojalá no!

EL BARÓN

¡Yo estoy frío!
¿Conque, ocurre una desgracia?

EL CONDE

Hay de ella indicios no pocos.

EL BARÓN

¿Cuál es, Conde?

EL CONDE

(Al oído del BARÓN.)

Que están locos.

EL BARÓN

¡Locos!...

EL CONDE

¡Los dos!

EL BARÓN

¡Santa Engracia!

EL CONDE

Ésa es la verdad cruel.

EL BARÓN

¿Locos los dos?... ¡Yo fallezco!

EL CONDE

Amigo, a usted compadezco.

EL BARÓN

¿Locos los dos? ¡Ella y él!...

EL CONDE

Y al ver que es esta mansión
de desventuras teatro,
mucho me temo, Barón...

EL BARÓN

¿Qué?

EL CONDE

Que como dos ahora son,
mañana seremos cuatro!

Acto II

La misma decoración del primer acto.

Escena I

EL CONDE y EL BARÓN.

(Salen juntos de la casa.)

EL BARÓN

¡Nada!, ¡nada!, ¡ni un indicio!

EL CONDE

¿Está usted cierto? ¿Ha observado?...

EL BARÓN

Hablé con ella dos horas
y la observé muy despacio.

EL CONDE

¿Y dice usted...?

EL BARÓN

Digo y juro
que está su juicio muy sano.

EL CONDE

Si usted lo afirma de veras...

EL BARÓN

Y vive Dios, que no alcanzo
en qué pudo usted fundar
su opinión, su anuncio infausto.

EL CONDE

No faltaban apariencias;
mas, en fin, si fue un engaño,
mil gracias al cielo rindo,
y ojalá que también falso
salga mi juicio respecto
del pobre Luis.

EL BARÓN

No dudarlo.

EL CONDE

¡Ah!, mucho temo, Barón...
Ya está usted viendo lo raro
de su conducta; no bien
llegan ustedes, y en tanto
que padece su futura
aquel singular espasmo,
desaparece de pronto,
y en el zénit ya miramos
el sol, sin que haya podido

mi diligencia encontrarlo.

EL BARÓN

Cierto; ni aun al desayuno
asistió; mas dice Pablo
que lo ha visto no distante
de casa. Tal vez los campos,
que son aquí tan hermosos,
quiso admirar paseando
por estos alrededores.

EL CONDE

De nuevo en su busca salgo,
y plegue a Dios que usté acierte.

EL BARÓN

Sí; no hay que ser visionario.

Escena II

EL BARÓN.

EL BARÓN

Si fuera cierto que Luis...
Porque en cuanto a Inés, es claro
que sólo la asoció el Conde
a la desgracia, pensando
que yo mejor guardaría
secreto el suceso amargo,
si me hallaba cual él propio
afligido, interesado.
Pero se me hace muy duro
de digerir el fracaso
de mi yerno... Quizá sea
un trastorno momentáneo
que el mismo amor origine,
y después de estar casado
y tranquilo... ¡Sí! yo arrostro
por todo. Setenta y cuatro
cuento, y no quiero vivir
en mi vejez solitario,
y descender al sepulcro

sin ver antes que renazco
en dos o tres nietecitos,
que pidan balbuceando
mi bendición, y me llamen
«Papá grande»... ¡Sin descanso
me tiene ha tiempo este anhelo!
Sin cesar pienso mirarlos
tan traviesillos... tan monos...
Mimando al abuelo... ¡vamos!
¡Inés tiene treinta y seis!
¡No! Yo no admito retardo.
Bueno es que esté preparada
la capilla; que el vicario
vendrá sin falta esta noche,
y si no está rematado
Luis, bien se puede...
(Llamando.)
¡Tomasa!
¡Juan! ¡Eh, Juan!

Escena III

EL BARÓN y JUAN.

JUAN

¿Qué manda el amo?

EL BARÓN

Hoy muy tarde comeremos;
así que deje el cuidado
de la cocina Tomasa...

JUAN

Ya tiene en el horno el pavo,
y sin plumas los capones,
y sin escama el pescado...
¡Ella todo!... Para nada
le hace falta aquel pelmazo
de cocinero, que usía
como gran cosa nos trajo,
y que sólo mandar sabe
y estar haciendo arrumacos
a la Blasa.

EL BARÓN

Bien; ve y dile

a tu mujer que la mando
que antes de nada se ocupe
de la capilla.

JUAN

Ya estamos.

EL BARÓN

Que coja abundantes flores
y las ponga en lindos jarros,
y en los grandes candeleros
los cirios, que están guardados
en aquel escaparate...

JUAN

Ya sé en cuál; en aquel ancho
de cedro.

EL BARÓN

¿Sin duda está
el crucifijo de mármol
en el altar?

JUAN

No se mueve
nunca de allí.

EL BARÓN

Lo ordenado
ve a cumplir, pues.

(FLORA en este momento aparece por la glorieta.)

JUAN

Sin demora.

Muy contentos, muy ufanos
nos tiene la boda a todos.

EL BARÓN

¿Sí?

JUAN

¡Ya se ve! Y es gallardo
el novio, como no hay muchos.
Lo que me tiene atontado
es ver que en todo este día...

EL BARÓN

(Interrumpiéndole.)
¡Vete a cumplir mi mandato!

JUAN

Al momento; pero es cosa
bien rara, a mi ver, que estando
en día de casamiento...

EL BARÓN

¡Eh! ¿Tendremos comentarios?
Guardar la lengua y servir.

JUAN

Yo... sí... pero... pues... pensando...

EL BARÓN

(Irritado.)

¿Y quién te ha dado permiso
para pensar, mentecato?

JUAN

Naide... ni yo lo hice adrede...

EL BARÓN

¡Qué tiempos los que alcanzamos!
¿Que hasta esto piense!...

JUAN

No pienso
Fue... que pensé sin pensarlo.

EL BARÓN

Pues no vuelva...

JUAN

¡Ca!, en mi vida.

EL BARÓN

Respetar es necesario,
como a mí mismo, a mi yerno.

JUAN

Sí, señor; así lo hago.

EL BARÓN

Y creer que es bueno, y justo,
y racional, y sensato,
cuanto él diga o ejecute.

JUAN

Así será.

EL BARÓN

Por lo tanto,
aunque lo vieres andar
pies arriba y boca abajo,
y decir que el día es noche,
y que el círculo es cuadrado,
hay que afirmar que es aquello
muy justo y digno de aplauso.

JUAN

Como así lo ordene usía...

EL BARÓN

¡Lo ordeno!

JUAN

Bien.

EL BARÓN

No olvidarlo.
¡Vete!

JUAN

Me voy.

(Lo hace por la derecha.)

EL BARÓN

Veré ahora
a Inés; aún está en su cuarto;
mas, pues pasó su accidente,
debe pensar en su ornato.

Me parece que es prudencia
decirla de un modo vago,
atenuante, la desgracia
del novio. Pudiera acaso
por su conducta ofenderse
no sabiendo... El sexo flaco
lo único que no perdona
es la tibieza, y pintando
lo que pasa al pobre Luis,
como un efecto tirano
de su amorosa impaciencia,
no le hago a su causa daño.
¡Ay, Dios!, casar a una hija,
según veo, es más trabajo
que los doce que nos cuentan
de Alcides.

(Se va por la derecha.)

Escena IV

FLORA.

FLORA

(Bajando al proscenio.)

Se fue el anciano
desconocido; en la casa
huéspedes hay hoy, y ¡cuántos!
Quizá por eso sería
que me mandó muy temprano
Tomasa a ver a la Bruna,
y hacerla no sé qué encargo.
Ella pensará que estoy
con la vieja...

(Sonriendo con malicia infantil.)

¡Vaya un chasco
el que se lleva! No fui,
ni siquiera lo he pensado.
Escondida en la glorieta
pasé la mañana... al cabo
nada logro, y me fastidio...
¡Cada minuto es tan largo!

(Se sienta entre las flores, y dice, después de un momento de silencio.)

¡Con qué esplendor, con qué orgullo
os desplegasteis, ¡oh flores!,
del aura al plácido arrullo,
de tibia luz entre albores!
Después, del sol los rigores
ajaron vuestra frescura,
y enmudeció el aura pura
que -vagando en libres giros-
con amorosos suspiros
cantaba vuestra hermosura.
Tampoco yo vengo ahora
tan ufana y tan riente
como me encontró la aurora
al asomarse en Oriente.
Si aún dais corona a mi frente,
no ya gozo al alma mía;
pues no sé cómo, este día
-que nuestro destino iguala-
cual a vosotras la gala,
me robó a mí la alegría.
No acierto, flores, de dónde
me viene este afán primero,
ni qué objeto se me esconde,
que inútilmente aquí espero;
mas no... ¡engañaros no quiero!...

A un hombre di esta mañana

la flor de lis, nuestra hermana,
y ahora se aleja el cruel...

Escena V

FLORA y DON LUIS.

DON LUIS

(Que entra por el fondo al decir FLORA el último verso.)

Oigo su voz... ¡Flora!

FLORA

(Aparte.)

¡Es él!

(Aparenta no verlo y juega con las flores con aire melancólico.)

DON LUIS

¡Por fin te encuentro, tirana!

FLORA

¡Ay, flores!

DON LUIS

¿Por qué suspiras?

FLORA

Si en olvido nos tuvistes,
del sol sufriendo las iras,
¿por qué de hallarnos te admiras
mustias al volver, y tristes?

DON LUIS

Me dijo luan que no estabas

en la quinta; que solías
recorrer las cercanías;
que muy tarde regresabas
cuando eran buenos los días;
y yo -anhelante por verte-
montes, playas he corrido
del calor en lo más fuerte.

FLORA

(Llegándose a él.)
¿De veras?... ¡sí! que se advierte
en tu rostro humedecido.

(Le enjuga la frente con las flores que tiene en la mano.)

DON LUIS

¡Ángel celeste!...
(Aparte.)
¡Me inspira
tal respeto su candor!...

FLORA

(Viendo la flor de lis que lleva en un ojal.)
¿Conque, conservas mi flor?

DON LUIS

¡Oh, sí!, en mi pecho la mira,
objeto de ardiente amor.
¿No es igual a la que sella
tu tez pura, alabastrina?
¡Naturaleza, con ella,

por su creación más bella
te señaló y peregrina!

FLORA

(Sonriendo con inocente coquetería.)

¿Conque, tan hermosa soy?
Yo, a la verdad, lo sabía;
mas no con tanta alegría
-como al decirlo tú hoy-
mi corazón lo sentía.

¿De qué sirviera a la rosa
su perfume penetrante
ni su beldad primorosa,
si nadie la viera hermosa,
ni la aspirara fragante?

Pude ver indiferente
mis ojos y labios rojos
en el cristal de una fuente;
pero hoy los veo en tus ojos
¡Y es cosa muy diferente!

DON LUIS

¡Ah!, de tu Luis piedad ten,
pues perderá la razón
con tales cosas, mi bien.

FLORA

¿Luis te llamas?

DON LUIS

Sí.

FLORA

¡También
eso más! Mi corazón
lo adivinó. Te ama tanto
porque el cielo lo dispuso,
y como sello me puso
tu nombre casi.

DON LUIS

(Transportado.)

¡Qué encanto!

(Reprimiéndose.)

(Aparte.)

¡No!, de su candor no abuso.

FLORA

(Acercándosele cariñosamente cuando él se desvía.)

¿Qué tienes? ¿Te has enojado?

DON LUIS

Padezco, Flora.

FLORA

¿Tú?

DON LUIS

¡Mucho!

FLORA

Mas ¿por qué?

DON LUIS

Soy desgraciado;
me es contrario, injusto el hado.

FLORA

No te entiendo, aunque te escucho.

DON LUIS

No entiendas; ¡ah!

FLORA

(Con sensibilidad.)

Sin embargo,
sólo al eco de tu acento
venir a mis ojos siento
lágrimas de llanto amargo.

DON LUIS

¡Es tan grande mi tormento!

(Notando que llora FLORA.)

Pero no llores tú, no.

FLORA

Pues sí desgraciado eres,
¿cómo, ingrato, cómo quieres
no lo sea también yo?

DON LUIS

¡Oh perla de las mujeres!

Si yo a tu lado viviera,
jurándote a cada instante
eterno amor, fe constante,
¿a qué monarca pudiera

tener envidia tu amante?

FLORA

¿Qué dudas, pues, si es así?
Pues tú quieres y yo quiero,
sé desde hoy mi compañero,
no te separes de mí.

DON LUIS

Preciso fuera primero
ser tu esposo.

FLORA

Selo pues.
No pienses que yo me asombre;
Tomasa a Juan da ese nombre,
¡y dulce, muy dulce que es!

DON LUIS

(Aparte.)
¡Que esto escuche, y calle un hombre!

FLORA

Seremos inseparables.

DON LUIS

¡Flora!...

FLORA

Los dos gozaremos
placeres puros y extremos;
goces del alma inefables.

DON LUIS

¡Ah! ¡Lo sé! ¡Fueran supremos!

FLORA

Pues ¿quién la desgracia nombra?
Juntos del monte en las faldas,
juntos del bosque a la sombra,
¡flores nos darán alfombra!
¡flores nos darán guirnaldas!

Correremos, Luis querido,
cual cervatillos gemelos,
por todo el campo florido...
o cual pichones de un nido,
que al par emprenden sus vuelos.

Juntos nos verá al brillar
la aurora, juntos el sol
su ardiente rayo al lanzar,
y al sepultarse en el mar
tiñéndolo de arrebol.

Juntos -sin que nos dé espanto
de la noche el rostro austero-
a cada hermoso lucero
de los que bordan su manto,
pondremos nombre hechicero.

Y si te aduerme el frescor,
para arrullarte, Luis mío,

cantaré un himno de amor
que aprendí del ruiseñor
en una noche de estío.

Pero si plácida luna
su pálida faz ostenta,
y allá en las aguas -que argenta-
juega la brisa importuna,
o suspira soñolienta,

también los dos -a la par
rompiendo las mansas olas-
las haremos suspirar
y en mil círculos formar
caprichosas aureolas;

¡pues cuando ligera nado
batiendo la blanca espuma,
no vuela en el aire pluma
ni pez surca el mar salado,
que aventajarme presuma!

DON LUIS

Cesa, Flora; me haces daño
con cuadro tan lisonjero.

FLORA

¿Pues no lo hallas verdadero?

DON LUIS

¡Ay!, por fatalismo extraño,

tú enciendes mi amor primero
en el propio infausto día
en que tal vez...

FLORA

¿Qué sucede?

DON LUIS

De un deber la tiranía,
a aceptar cadena impía
acaso obligarme puede.

FLORA

¿Cadena?

DON LUIS

Al tender quizá
la noche su opaco velo,
pronuncie a la faz del cielo...
Decirte no puedo más...
se apaga mi voz, y un hielo
por mis venas corre.

FLORA

(Como recordando de pronto.)

¡Ah! ¡Sí!
Lo recuerdo en este instante
El anciano hablaba aquí
con Juan, y todo lo oí,
porque no estaba distante.

Trataron de un casamiento
¿Era el tuyo?

DON LUIS

(Aparte.)
Suerte cruda!

FLORA

¿Era el tuyo?

DON LUIS

(Aparte.)
¡Atroz momento!

FLORA

¡Era el tuyo! ¡Sí! ¡Lo siento!
No puede quedarme duda.

DON LUIS

Lo has acertado, no miento.

FLORA

Pues si de otra eres esposo
¿por qué decir que soy bella,
y por el campo afanoso
correr buscando mi huella?

DON LUIS

¡Porque te amo!

FLORA

¡Mentiroso!
¿Me amas y hacer compañía
prefieres a otra mujer?

DON LUIS

¡Ah!, no ha sido elección mía;
cediendo a larga porfía,
obligado por deber
tirano...

FLORA

¿Te obligan?

DON LUIS

Sí.
Un empeño... la opresión
que ejercen con su opinión
los hombres...

FLORA

¡Ah! ¿Cómo así?
¿Tan malos los hombres son?
Pues huye de ellos... ¿qué esperas?
¡Huyamos! Cese tu afán;
dejo a Tomasa y a Juan...
y a mis flores...
(Conmovida.)
Las postreras
que bese, aquéstas serán.
¡Ven! ¡Dicen que el mundo es grande!
Lejos, muy lejos iremos,
y allá dichosos seremos
porque no habrá quien nos mande.

DON LUIS

Pero...

FLORA

¡Corramos! ¡Volemos!

DON LUIS

Escucha...

FLORA

No tengo oídos.

DON LUIS

Mas ¿cómo vivir los dos
solos, pobres, desvalidos,
por ese mundo perdidos?...

FLORA

¡En todas partes hay Dios!
No han allegado un tesoro
flores que viven un día,
(Señala las del jardín.)
y ya ves que Él, que las cría,
de nácar, púrpura y oro,
las viste a su fantasía.
Y oyes en tomo del nido
dos pajarillos cantar
con amoroso descuido,
aunque nada han recogido
que los pueda alimentar
pero saben que la mano

que al sol rige a su placer,
y enfrena al rudo Oceano,
es la que cuida del grano
que mañana han menester.

DON LUIS

¡Ah!, tus acentos me encantan,
me enloquece tu ternura,
y por lograr la ventura
que me ofreces, no me espantan
riesgos mil, te lo asegura
mi corazón; mas deberes
tienen los hombres honrados,
y hay compromisos sagrados
que hoy impiden lo que quieres.

FLORA

¿Lo impiden?

DON LUIS

Pero me alienta
una esperanza, aunque triste;
no te digo en qué consiste,
mas pues ella me sustenta,
no olvides, Flora, que existe.

FLORA

Nada espero, nada ya,
sino un eterno dolor.

DON LUIS

(Desprendiéndola del ojal.)

Testigo sea esta flor.

FLORA

No la invoques; ¡muerta está!

(Se la quita interrumpiéndole.)

¡Ya ves! Consume tu amor.

DON LUIS

Pues yo por él te aseguro,
aquí, a presencia del cielo...

FLORA

(Interrumpiéndole y señalando las flores del jardín.)

Y yo por ellas te juro
-y el sol las queme, y el hielo,
si muevo un labio perjuro-
que más no te he de creer,
si aquí no logras probarnos
que no hay para ti deber
que primero deba ser
que el de acogernos y amarnos.

(Se va por la izquierda.)

Escena VI

DON LUIS.

DON LUIS

¡Flora! Seguiré tus pasos...
Mas ¿a qué? ¿Con qué designio?
justo es su enojo... ¿Qué puedo
decirla, ni a qué me obligo?
De si es o no loca Inés
hoy depende mi destino...
Sólo una causa cual ésa
romper puede un compromiso
tan grave. ¡Si Dios se digna!...
¡Oh!, mí deseo es impío;
mas no alcanzo otro recurso.
Ver, indagar, es preciso

(En ademán de dejar la escena.)

Si la vista no me engaña
la trae el cielo a este sitio.

Escena VII

DOÑA INÉS, DON LUIS y BEATRIZ.

DOÑA INÉS

(A BEATRIZ, al salir.)

Tal vez me libre el Señor
por ese medio imprevisto.

BEATRIZ

¡Calla! Está aquí.

DOÑA INÉS

Lo celebro.
Saber lo que hay determino.

DON LUIS

(Aparte y observando a DOÑA INÉS con disimulo.)

Ansío y temo el hablarla.
¡Si la hallo cuerda, me abismo!

DOÑA INÉS

(A BEATRIZ, mirando a hurtadillas a DON LUIS.)

¡Si lo hallo loco, me salvo!

BEATRIZ

¡Háblale, pues!

DON LUIS

(Aparte.)

¡Me decido!

(DOÑA INÉS y DON LUIS, que se han observado a hurtadillas, se acercan de pronto el uno al otro, diciendo al mis mo tiempo la palabra siguiente.)

DON LUIS y
DOÑA INÉS

Quisiera...

DON LUIS

Prosiga usted,
señora.

DOÑA INÉS

No; le suplico
que hable usted...

DON LUIS

Sólo quería,
por el placer que recibo
en ello, escuchar su acento...

DOÑA INÉS

También yo gozo infinito
oyendo al señor don Luis.

DON LUIS

De tal dicha no soy digno.

DOÑA INÉS

Estando ya tan cercano
el instante decisivo
que enlazar debe por siempre

con el de usted mi destino,
justo es que hablemos los dos
con franqueza, sin testigos
importunos.

DON LUIS

Yo lo anhelo.

(Aparte.)

Apenas tengo resquicios
de esperanza.

DOÑA INÉS

Si usted gusta...

(Invitándole a sentarse, y haciéndolo ella.)

DON LUIS

Con placer y agradecido.

(Se sienta.)

(BEATRIZ se aleja un poco. DOÑA INÉS y DON LUIS se observan mutuamente, esperando cada uno de ellos que hable el otro.)

BEATRIZ

(Aparte.)

¡Si yo pudiera a Tomasa
ver entretanto!

DOÑA INÉS

(Aparte.)

Principio,
pues él calla, daré yo

a la plática en que cifro
mi esperanza.

DON LUIS

(Aparte.)

¡Está turbada!...
A echar la sonda me animo.

DOÑA INÉS y DON LUIS

(A un tiempo.)

Conque...

(Se detienen ambos.)

DOÑA INÉS

¡Vamos! Diga usted.

DON LUIS

Parece que convenimos
el momento de empezar
siempre a la vez.

DOÑA INÉS

Yo retiro
mi palabra; a usted le toca
comenzar, claro y explícito,
este coloquio importante.

DON LUIS

Con deferencia me eximo;
pues saber lo que usted quiere,
lo que espera, es cuanto ansío.

DOÑA INÉS

(Como desesperanzada al oír a su interlocutor hablar razonablemente.)

¡Ah, don Luis!, no espero nada.
Suerte infausta me ha cabido.

DON LUIS

(Aparte.)

(Cobro ánimo.) ¿Con que juzga
usted que tiene mal signo?

DOÑA INÉS

Sí, muy malo; no hay quien pueda
quejarse con más motivo
del rigor, de la injusticia...

BEATRIZ

(Acercándose presurosa.)

Querida Inés, te convido
a dar un corto paseo;
ya ves, el tiempo es magnífico.

DON LUIS

(Aparte.)

Bueno. La nodriza teme
dejarla hablar.

DOÑA INÉS

No te impido
que vayas a espaciarte;
antes, más bien, te lo exijo.

DON LUIS

Sí, corra usted.

BEATRIZ

Pero...

DOÑA INÉS

¡Vete!

BEATRIZ

Pues lo ordenas, no replico.

(Se aleja sin desaparecer de la escena.)
(Aparte.)

¡Dios ponga freno en su boca!

DON LUIS

¿Conque, acusa usted de impíos
a sus hados?

DOÑA INÉS

Y tampoco
juzgará usted que propicios
son los suyos.

DON LUIS

¿Yo? La causa
no alcanzo; mas ya imagino
cuál es la que encuentra usted:
saber que no soy querido
por quien su mano me otorga
que, antes bien, horror la inspiro.

DOÑA INÉS

¿Lo piensa usté así?

DON LUIS

¡Lo veo!
Aquel espanto, aquel grito
que hoy -al brindarle mi brazo
me mostró todo el desvío
que siente por mí...

DOÑA INÉS

No acierta
usted: mi espanto provino
de un objeto que...

BEATRIZ

(Acercándose nuevamente con prisa y con inquietud.)

Inesita,
suele el aire ser nocivo
a personas delicadas;
yo te ruego...

DOÑA INÉS

(Indignada.)

Y yo te intimo
que a interrumpirme no vuelvas.

DON LUIS

(Aparte.)

¡Es loca! ¡Sí! ¡Ya respiro!
Si un incidente casual
motivó lo que he creído
fuera horror a mi persona...

DOÑA INÉS

Que se engañó le repito.

De otro punto hablar debemos
más importante, y le pido
me oiga un momento.

DON LUIS

Ya escucho...

DOÑA INÉS

Confieso que no concibo
que en un negocio tan grave
como es casarse, sumiso
al gusto de otro, se plegue
usted, y acepte unos grillos
que harto le deben pesar.

DON LUIS

(Aparte.)
¡Malo!... ¡Encuentro raciocinio!

DOÑA INÉS

Usted jamás podrá amarme,
y por respetos mezquinos
torciendo su inclinación,
se ha prestado a un sacrificio.

DON LUIS

¡Sacrificio!... ¡Qué palabra
tan fuerte!

DOÑA INÉS

La ratifico.
No use usted de miramientos,
que hoy fueran intempestivos.
Tanto le oprime y trastorna
aquel enlace maldito
que le imponen, violentando,
señor don Luis, su albedrío,
que el Barón llegó a creer

DON LUIS

¿Qué?

DOÑA INÉS

¿Qué? Me pesa decirlo.
Que estaba usted loco.

DON LUIS

(Levantándose con asombro.)
¡Yo!

DOÑA INÉS

Y confieso mi delito;
de nuestro yugo cercano
de tal modo me horrorizo,
que fundé triste esperanza
en hallarle a usted sin juicio.

DON LUIS

¡Cosa más rara!... Señora,

éste es un hecho inaudito...
porque... -lo veo- tampoco
es loca usted...

DOÑA INÉS

(Levantándose con asombro también.)

¡Cómo!

DON LUIS

Digo
que igual ha sido el engaño
y el crimen; pues yo he creído
que su razón no era sana,
y -por horrible egoísmo-
mi libertad fundé en ello
con odioso regocijo.

DOÑA INÉS

¡La coincidencia es extraña!
Mas, en fin, lo positivo
es que nos casan, si modo
no encuentra usted de impedirlo.

DON LUIS

Eso a usted le corresponde.

DOÑA INÉS

¡A mí!... Mi sexo es muy tímido;
pero no es justo que a un hombre
se le trate como a un niño,
y de su suerte futura

otro disponga a su arbitrio.

DON LUIS

Ni hay razón para que usted,
con su edad, con su atractivo,
pudiendo a gusto escogerlo
se deje dar un marido.

DOÑA INÉS

Caballero, tengo un padre.

DON LUIS

Señorita, tengo un tío.

DOÑA INÉS

Mas, pues yo para que rompa
hoy le estimulo, le aguijo

DON LUIS

Hacerlo fuera un ultraje
a su decoro, que estimo
en mucho; fuera prestar
pretexto al vulgo maligno
para suponer patrañas
que manchasen su honor limpio.
Usted sí que romper puede
sin desdoro, sin peligro;
pues a los fueros de dama
todo le está permitido.
Plánteme usted; cuando más,

lo achacarán a capricho....
y si aún eso evitar quiere,
diga usted -la doy permiso-
que soy un necio, un tronera,
que estoy plagado de vicios.

DOÑA INÉS

No prosiga usted; primero
que recurrir a artificios,
a ser por siempre infeliz
me conformo, me resigno.

DON LUIS

Mas, ¡ah señora!, por Dios;
no es soportable el martirio
de mirar siempre a su lado
un objeto aborrecido.
Téngase usted compasión;
rompa su empeño conmigo
sin miramiento ninguno.
Si es menester me arrodillo
demandándole esa gracia,
por su bien, no por el mío.

(Dobla una rodilla a los pies de DOÑA INÉS.)

DOÑA INÉS

Pero, don Luis...

Escena VIII

DON LUIS, DOÑA INÉS, EL BARÓN y EL CONDE.

EL BARÓN

(Al ver a DON LUIS a las plantas de DOÑA INÉS.)

¡Bravo! ¡Bravo!
No hay que asustarse, chiquillos.
Gozamos el Conde y yo
al veros así, tan tímidos,
tan amartelados.

DOÑA INÉS

¡Padre!

EL BARÓN

(A DON LUIS.)

¡Tú también, pobre novicio,
te ruborizas?

DON LUIS

Señor...

EL CONDE

¿Dónde has estado, sobrino?

DON LUIS

Me perdí por esos campos,
y acaso le habré tenido

inquieto a usted; mas perdón
de su bondad solicito.

EL BARÓN

Ya no hay en nadie inquietudes,
gracias a Dios; ni aun vestigios
quedan de ellas.
(Al CONDE.)
¿No es verdad?

EL CONDE

Si opina usted...

EL BARÓN

Lo que opino
es que la boda esta noche
debe hacerse.

EL CONDE

Convenimos,
sin embargo, en que se aplace
el suceso apetecido,
si la salud de esta dama
lo exige.

EL BARÓN

Yo garantizo...

EL CONDE

A ellos toca el resolver,
y yo, amigo, me anticipo
a decir que -pues los veo

cabizbajos e indecisos-

desde luego mejor fuera
retardáramos...

EL BARÓN

No atino
por qué razón, Conde. ¡Ea!
hablar vosotros... ¡prontito!
¿Qué queréis? ¿Qué deseáis?

DOÑA INÉS

En todo, padre, suscribo
a lo que diga don Luis...

DON LUIS

Yo, tío, a Inés me remito.
Hoy o mañana es igual
para mí.

DOÑA INÉS

Pienso lo mismo;
si ha de ser, no importa el cuándo.

EL BARÓN

Pues entonces yo decido
la cuestión por lo más pronto.
(A DON LUIS.)
¿Lo apruebas?

DON LUIS

(Suspirando.)
No contradigo.

EL BARÓN

(A DOÑA INÉS.)

¿Y tú?

DOÑA INÉS

(Suspirando.)

Prometí obediencia.

EL BARÓN

¡Conde!, ya usted los ha oído,
y condesciende sin duda...

EL CONDE

Si ellos quieren, no replico.

EL BARÓN

¡Eh, pues! ¡Abraza a tu esposa!

DON LUIS

Pero...

DOÑA INÉS

(Aparte, apoyándose en BEATRIZ.)

¡Esto más!...

EL BARÓN

¡Ve, Luisito!
Abraza y firme... ¿Qué esperas?
Lo consiento, lo autorizo.

DON LUIS

Obedezco... ¡Ah!

(En el momento en que DON LUIS se adelanta para acercarse a DOÑA INÉS, que se halla algo desviada hacia la derecha, aparece FLORA por la

izquierda, a espaldas del CONDE. DON LUIS, que al ir a abrazar a su futura dirige a su tío una mirada de angustia, ve a FLORA y lanza un grito; ella corre velozmente y se entra en la glorieta haciéndole un gracioso gesto de amenaza; él se para turbado, sin llegar a DOÑA INÉS, con los ojos fijos en la glorieta.)

EL BARÓN

(Aparte.)

¿Qué le pasa?

EL CONDE

(Llegándose a él.)

¡Luis!

EL BARÓN

¿Acaso te has torcido
un pie?

EL CONDE

¿Qué miras?

(Siguiendo con sus ojos la dirección de los de DON LUIS.)

DON LUIS

Yo... nada...

EL CONDE

¡Nada!

DON LUIS

No... En efecto, miro...
Pero no es nada... una flor...

EL CONDE y
EL BARÓN

¡Una flor!...

DON LUIS

(Turbado y sin saber qué decir.)

¡Pues!... de improviso
me acordé que esta mañana,
al verla, tuve el designio
de presentársela a Inés...
y avergonzome el olvido
de aquel propósito.

EL CONDE

(Aparte.)

¡Siempre
las flores!

EL BARÓN

(Al CONDE.)

Será un marido
ejemplar.

(A DON LUIS.)

Pues llega, corta,
y hazle la ofrenda a tu ídolo,
que la distracción pasada
perdona a tu amor contrito.

(DON LUIS, siempre mirando a la glorieta, corta la primera flor que encuentra, que es una de lis.)

EL CONDE

(Bajo al BARÓN.)

Sepa usted que son las flores

su escollo, su precipicio,
su extraña monomanía...

EL BARÓN

¡Bah, Conde!...

(A DON LUIS.)

De tu cariño
presenta la linda prenda.

DON LUIS

(Presentando la flor a DOÑA INÉS.)

Ruego a usted...

DOÑA INÉS

(Retrocediendo con espanto al ver la flor.)

¡Cielos!... ¡Oh impío!...
¡Ella... otra vez!... ¡en tu mano!...
¡Aparta, aparta, vestiglo!...
Ya te comprendo... ¡Sí! ¡Basta!
¡Soy inocente!... yo espiro.

(Cae desmayada.)

EL BARÓN

¡Hija!

DON LUIS

¡Conde!...

EL CONDE

¡Desmayose!

BEATRIZ

Como un tronco: ¡Dios benditol
Si las flores la producen

vapores y parasismos.

EL CONDE

Las flores!

BEATRIZ

Sólo su nombre
basta a sacarla de quicio.

EL BARÓN

¡Es posible!

EL CONDE

¡Cosa extraña!

BEATRIZ

Tiene espasmos convulsivos
siempre que las ve.

EL BARÓN

Si hubiera
tal circunstancia sabido...
mas volviendo... ¡Inés! ¡Hija!

EL CONDE

(Aparte.)
¡Señor!, esto es inaudito.

BEATRIZ

(Dándole a oler un pomo.)
Con esta sal de Inglaterra...
Siempre la traigo conmigo
para un lance.

DOÑA INÉS

¡Ah!

EL BARÓN

Ya respira.

BEATRIZ

¡Hija!

EL BARÓN

¡Inesita! ¡Mi hechizo!

DOÑA INÉS

¿En dónde estoy?...

EL BARÓN

En mis brazos.

BEATRIZ

Con tu Beatriz.

DOÑA INÉS

Necesito
aire... me falta el aliento...
Tuve un sueño...

BEATRIZ

(Interrumpiéndola con viveza.)

¡Sueño ha sido;
no hables más!

EL BARÓN

Darla reposo.

BEATRIZ

Que me preste el Conde auxilio
para llevarla a su cuarto.

DON LUIS

Yo también...

BEATRIZ

(Rechazándolo.)

No; no es preciso.
Entre el Conde y yo...

EL CONDE

Inesita,
mi brazo la ofrece arrimo.
Apóyese usted...

EL BARÓN

¡Llevadla!
Yo, con este reumatismo,
no tengo, y más si me asusto,
ni las fuerzas de un mosquito.

(Se llevan a DOÑA INÉS entre EL CONDE y BEATRIZ.)

Escena IX

EL BARÓN, DON LUIS, luego JUAN, TOMASA, CRIADO 1.º y CRIADO 2.º

DON LUIS

(Aparte.)

O está loca muy de veras,
o nada de esto me explico.

EL BARÓN

¡Malditas las flores sean!
Como yo hubiera previsto...
Pero ni una ha de quedar
con vida en estos dominios.

(Llamando.)

¡Antonio! ¡Pablo!

DON LUIS

(Aparte.)

¿Qué intenta?

EL BARÓN

¡Eh! ¡Tomasa! ¡Juan! ¡Benito!

JUAN

(Viniendo, y en pos suya los criados.)

¿Llama el amo?

TOMASA

(Saliendo de la casa.)

¿Qué ha pasado?

EL BARÓN

¡Escuchad todos! Yo firmo
sentencia de muerte...

JUAN

(Retrocediendo.)

¡Muerte!...

EL BARÓN

Contra esos seres dañinos
que flores tienen por nombre.
Quede al punto destruido
este jardín.

JUAN

(Aparte.)

¡Santo Dios!

EL BARÓN

¡Que ni un resto, ni un vestigio
encuentren aquí mis ojos
de que tal cosa ha existido!

(Se entra en la casa.)

Escena X

DON LUIS, JUAN, TOMASA y luego FLORA .

(Toda esta escena es muy viva.)

JUAN

Pero las probes...

TOMASA

Nos toca

obedecer, pues servimos.

JUAN

¡Mis flores!...¡ay!... ¡qué soponcio!

TOMASA

El amo manda.

JUAN

(Llorando.)

No impido...

Pero...

CRIADO 1.º

¡Eh!, manos a la obra.

CRIADO 2.º

¡A ellas, pues!

(Van a arrancar las plantas y FLORA sale de pronto de la glorieta y los de tiene con su ademán.)

FLORA

¡No lo permito!

¡Atrás todos!

JUAN

(Con tono plañidero.)

¡Flora!

TOMASA

(Con tono de reconvención.)

¡Niña!

DON LUIS

(Aparte.)

¡Yo a este impulso no resisto!

CRIADO 1.º

¡Nada me para! Obediencia
es mi aquel.

CRIADO 2.º

Me encuentro listo.

(Vuelven a avanzar hacia las flores.)

FLORA

¡Tened! ¡Lo mando!... ¡Lo ruego!

¡Por Dios! ¡Por Dios!...

TOMASA

(Sujetándola.)

¡Loca!

FLORA

(Luchando por desasirse de TOMASA.)

¡Inicuos!

¡Al arrancar la primera,
oiréis mi postrer suspiro!

DON LUIS

(Aparte.)

¡Pobre niña!...

JUAN

(Sollozando.)

¡Ay!...

TOMASA

Que se haga
lo que el señor ha prescrito.

DON LUIS

(Corriendo a ella.)

¡Flora!

FLORA

(Que se suelta de los brazos de TOMASA y va a arrojarse entre las flores.)

¡Mi tumba serán,
como antes mi cuna han sido!

DON LUIS

¡Salid; ni una hoja se arranque!

TOMASA

Señor don Luis...

DON LUIS

¡Lo prohíbo!

CRIADO 1.º

El amo las condenó...

DON LUIS

Pero yo las patrocino,
porque las amo, y resuelvo
no tolerar desatinos.

FLORA

(Con regocijo y entusiasmo.)

¡Él nos ama! ¡Él nos defiende!
¡Ahora al mundo desafío!

DON LUIS

¡Mi bien!

FLORA

(Bajando al proscenio y dirigiéndose a las flores que hay a uno y otro lado.)

¡Nardos!, ¡dalias!, ¡rosas!
¡claveles!, ¡violetas!, ¡lirios!,
¡él es nuestro!

(Se echa en los brazos de DON LUIS.)

DON LUIS

(Transportado.)

¡Para siempre!

TOMASA

¡El novio de Inés!...

JUÁN

¡Ay, Cristo!

Acto III

Sala en la casa de campo donde pasa la acción, amueblada con elegante sencillez. Puertas laterales y al fondo. Comienza a anochecer.

Escena I

EL CONDE y EL BARÓN.

(El primero está sentado junto a un velador, en actitud pensativa; el otro de pie junto a él.)

EL BARÓN

Vamos, Conde, no hay motivo
para una pena tan grave.

EL CONDE

(Sin dejar su actitud.)
Para usted todo es pequeño

EL BARÓN

Y para usted todo es grande.
Que Inés sólo al ver las flores
se atribule, se desmaye,
y declarándose enferma

la alcoba y el lecho guarde;
que por contrario capricho
a Luis las flores le agraden
tanto, que -como usted dice-
pronunciara mil dislates
encareciendo su afecto,
no es, por Dios, causa bastante
para que usted de tal modo
se acongoje, se anonade.

EL CONDE

Pero ¿es posible, Barón,
que usted de capricho trate
lo que ha visto? ¿Que aún después
de lo que pasó esta tarde,
juzgue extraña mi tristeza,
y exagerado me llame?

EL BARÓN

Pues ¿qué quiere usted?... ¿que piense,
que divulgue en todas partes
que están locos?

EL CONDE

Dios me libre
de querer que usted ni nadie
tan gran desgracia divulgue;
pero es fuerza que me pasme

de que así la desconozca,
aunque la mire y la palpe.

EL BARÓN

Por Dios, Conde, no persista
en querer atribularme
con sus tristes convicciones,
que es muy posible lo engañen.
En cuanto a Luis, no me atrevo
a decir, sin más examen,
lo que es cierto y lo que es falso;
pero salgo aquí garante
de la razón de mi hija,
y no hay para qué asociarme
a la desgracia de usted,
si aquélla efectiva sale.

EL CONDE

Si usted me fuerza a decirle
la verdad...

EL BARÓN

Sin temor hable.

EL CONDE

Pudiera acaso ofenderle
y afligirle.

EL BARÓN

Nada calle.

EL CONDE

Pues bien, Barón, esa boda
que a usted tanto le complace,
y que yo propio creía
fausta, acertada, loable,
era para el pobre Luis
-que no es amado ni amante
de Inés-, atroz sacrificio,
que con interno combate
ha agitado su razón
hasta dar con ella al traste.
Pero respecto de Inés,
sepa usted, si no lo sabe,
que no es nuevo su infortunio.

EL BARÓN

¡Cómo!

EL CONDE

En Valencia se esparcen
rumores que lo acreditan
de antiguo.

EL BARÓN

Pues es infame,
inicua, torpe calumnia.

EL CONDE

Así lo pensé yo antes.

EL BARÓN

Y yo lo afirmo ahora y siempre,
pues -aunque ausente me hallase-
no hubo palabra de Inés,
ni acción insignificante,
que no fuera conocida
de mí. Sí, Conde; es en balde
que por amenguar su mérito
necias patrañas levanten,
pues me consta que ha tenido
muy íntegras, muy cabales,
en todo tiempo y sazón
sus preciosas facultades.

EL CONDE

Plegue al cielo...

EL BARÓN

Si acontece,
(¡y de ello el cielo me salve!)
si acontece que un trastorno
de sus órganos mentales
se patentice algún día,
tenga usted por indudable
que en esta casa funesta
comenzó, Conde, y que nace
-como usted mismo lo ha dicho-

de un maleficio execrable,
cuyo instrumento visible
las flores son.

EL CONDE

(Aparte.)
¡Pobre padre!

EL BARÓN

De tal verdad convencido,
la orden di de que se arrase
el jardín; de que no queden
ni reliquias, ni señales
de esas maléficas yerbas.
¡Oh!, ¡me son tan repugnantes
desde hoy, me son tan odiosas,
que por no verlas delante
de mis ojos, capaz fuera
capaz, Conde, de marcharme
a hundirme allá entre los hielos
de los círculos polares!

Escena II

EL CONDE, EL BARÓN y JUAN.

(JUAN entra sin ser visto de los dos interlocutores de la escena anterior.)

EL CONDE

Es usted muy extremoso.

EL BARÓN

Y no hay miedo que me ablande.
¡No más flores! ¡No más flores!
¡Que del suelo se descuajen
para siempre!

JUAN

(Aparte.)

¡Dios bendito!

EL BARÓN

¡Son unos seres fatales!
Ya a estas horas no habrá una
con vida.

JUAN

(Aparte.)

¡Virgen del Carmen!
¿Cómo decirle?...

EL BARÓN

Ahora mismo
voy a mandar que preparen
una hoguera, en que las quemen
todas juntas, dando al aire
-después de que hayan ardido-
sus pavesas humeantes.

(Al volverse ve a JUAN.)

JUAN

(Aparte.)
¡Ay!

EL BARÓN

¡Juan!, a buen tiempo llegas.

JUAN

(Aparte.)
A muy malo.

EL BARÓN

¡Escucha!

JUAN

(Acercándose con timidez.)
Mande
usía...

EL BARÓN

Préndase fuego
en las plantas que arrancaste,
hasta volverlas cenizas.
¡Ve a ejecutarlo! No tardes.

EL CONDE

(Aparte.)

¡Vaya un remedio!

EL BARÓN

(Con enojo a JUAN.)

¿Qué esperas?

JUAN

Nada, señor... no se enfade;
mas es el caso que todo
se halla lo mesmo, tocante
al jardín; nada arranqué.

EL BARÓN

¡Imbécil! ¿Pues no escuchaste
mi mandato?

JUAN

Su mandato
fue que todo se arrasase;
mas es el caso que usía
-y en esto que Dios repare-,
si bien aquello me dijo,
también me ordenó denantes
que el respeuto y la obedencia
naide a su yerno negase.

EL BARÓN

Pero ¿qué tiene que ver...?

JUAN

Si no me deja que acabe...

EL BARÓN

Acaba con mil demonios,
o que ellos contigo carguen.

JUAN

(Santiguándose.)
¡Jesús, María!

EL CONDE

Ven, Juan,
explícanos -sin ambajes-
por qué la orden no cumpliste,
y qué vínculo, qué enlace
hay entre eso y mi sobrino.

JUAN

Sí que lo haré, Dios mediante.

EL CONDE

Habla pues.

EL BARÓN

Pronto y cIarito.

JUAN

Pues hablo, y digo que atañe
a la orden que dio primero
el que a la última se falte;
pues como dijo don Luis
que a las flores no tocase

naide, porque eran su amor,
y que daría su sangre
por ellas...

(EL CONDE y EL BARÓN se miran.)

EL BARÓN

¡Conde!

EL CONDE

¿Más pruebas
quiere usted?

EL BARÓN

¡Dios nos ampare!

JUAN

Allá queda en el jardín,
muy resoluto y muy jaque,
preparado a defenderlas
de todos, y a todo trance;
pues como él dice que...

EL CONDE

Basta.

EL BARÓN

Ve, Juan, dile que descanse;
que la sentencia revoco.
(Al CONDE, bajo.)
¿Quién contradice a un orate?

JUAN

Voy corriendo.

EL CONDE

Y le dirás
también -si accede a escucharte-
que aquí le espera su tío,
que le llama y quiere hablarle.

JUAN

Bien está.
(Aparte.)
Dios no premita
que el don Luis por disculparse
nombre a la chica.

EL BARÓN

¿Aún no has ido?

JUAN

Sí, señor.
(Aparte.)
Ya está con llave
por mi mujer encerrada,
y pronto, que chille o rabie,
la llevo a cas de la Bruna
hasta que el otro se marche.

Escena III

EL BARÓN y EL CONDE.

EL CONDE

¡Ay, Barón!

EL BARÓN

¡Ay, Conde!

EL CONDE

Creo

que usté o yo somos culpables
de algún horrendo delito,
que hoy quiere Dios que se pague.

EL BARÓN

¿Quién podía imaginar
que causaran daños tales
esas efímeras yerbas,
lujo inútil de los valles?

EL CONDE

Cuanto pasa es increíble.

EL BARÓN

Pero ¿estará de remate
el pobre Luis?

EL CONDE

¡Dios no quiera!

EL BARÓN

Pues va a venir, Conde, abarque,
mida usted todo el abismo
del mal; que acaso se alcance
algún remedio; yo voy
a ver a mi hija al instante,
que en lo que antes observé
no quiero, amigo, fiarme.
¡Dios piadoso, no me quites
la esperanza vacilante
que aún me resta! ¡Mi hija loca!...
¡Caiga este techo y me aplaste
si tal desdicha he de ver,
o el suelo se abra y me trague!

(Se va.)

Escena IV

EL CONDE.

EL CONDE

¡La desgracia es, en efecto,
extraña, enorme, espantable!
El mismo infierno parece
que la engendró y que la aplaude.
Yo estoy absorto, aturdido...
todas mis fuerzas se abaten.

(Se sienta de nuevo y apoya la frente en una mano.)

Escena V

EL CONDE y FLORA .

(FLORA aparece a espaldas del CONDE, y habla al principio sin verlo.)

FLORA

¡Victoria! Logré escaparme:
ahora que grite Tomasa,
mi Luis se hospeda en la casa
y hallará dónde ocultarme.
Me arrancaron de sus brazos,
mas de él estoy satisfecha,
y por hablarle desecha...
¡Firmes son ya nuestros lazos!
Quiero buscarle... no está
ni en ésta ni en la otra sala...

(EL CONDE suspira, y FLORA, que se ha aproximado a él sin verlo, dice:)

¿Quién ese suspiro exhala?...
¡Un hombre!... ¡Sí! ¡Lo hallé ya!

(Le toca en el hombro al CONDE, que tiene inclinada la cabeza, y que la levanta y se incorpora sorprendido.)

¡Luis!... No es él...

(Retrocede al encontrarse frente a frente con EL CONDE.)

EL CONDE

(Aparte, mirándola con sorpresa.)

(¡Rara hermosura!)
Bella niña... ¿busca usted
a alguien?

FLORA

(Con timidez.)

Sí... me hará merced
sí me indica...

EL CONDE

¿Por ventura
el Luis que nombró al llegar
será tal vez mi sobrino?

FLORA

(Con alegría.)

¡Qué escucho! ¡Fausto destino!
¡Y yo que me iba a marchar
medrosa!... ¿Conque, eres tío
de Luis? Al verte esa cara
tan seria, ¿quién lo pensara?
Pero ya no me desvío...
al contrario, te querré
-porque es razón que así sea-
tanto como él.

EL CONDE

(Aparte.)

(¡Me tutea!...
Su franqueza imitaré.)
¿Conque, es Luis tu conocido?

FLORA

¡Vaya!, ¡pues no lo sería!

EL CONDE

Disimula... no sabía...

FLORA

¡Pues si es mi amigo querido!

EL CONDE

¿Desde cuándo esa amistad
comenzó, puedo saber?

FLORA

(Con gravedad.)
Desde hoy al amanecer.

EL CONDE

¡Respetable antigüedad!

FLORA

Juró ser mi compañero.

EL CONDE

No era amargo el compromiso.

FLORA

(En ademán de irse.)
Conque, ya ves que es preciso

que le busque: hablarle quiero.

EL CONDE

¿Cerca de aquí vivirás
sin duda?

FLORA

¿Yo?... soy de casa.

EL CONDE

¡Cómo!

FLORA

Sí; pero se pasa
una semana, y aun más,
sin que deje la glorieta
del jardín; pues no me agrada
estarme aquí fastidiada
y por Tomasa sujeta.

EL CONDE

Aunque tal hija no cuadre
a un rústico, el jardinero
es tu padre, a lo que infiero.

FLORA

Te engañas: nací sin padre.

EL CONDE

¡Cómo sin padre!

FLORA

Soy Flora.

EL CONDE

Será ése acaso tu nombre,
pero... por fuerza hubo un hombre
que te dio vida; en buen hora,
pues debe orgulloso estar.

FLORA

(Riéndose.)

¡Vaya! ¿Qué sarta de errores!
Si son mis madres las flores,
¿qué padre puedo nombrar?

EL CONDE

¿Las flores?...

FLORA

Si hay padre mío,
cual dices tú debe haber,
el sol lo debe de ser...
o el céfiro... o el rocío...

EL CONDE

(Aparte.)

¡Vamos! ¡Vamos! Se me cae
una venda... ya comprendo...

FLORA

(Que mira hacia el fondo.)

No viene Luis.

(Al CONDE.)

Voy sintiendo

enojos....¿Quién lo distrae
lejos de mí?

EL CONDE

No lo sé.

FLORA

Pero ¡cuánto tarda! ¡Cuánto!
(Va a mirar por un lado y otro.)

EL CONDE

(Aparte.)
Si él está loco, no es tanto,
al menos, como pensé.
¡Esta pobre criatura
sí que lo está de remate!

FLORA

(Volviendo.)
Pues como más se dilate...

EL CONDE

(Mirándola compasivo.)
¡Qué lástima de hermosura!

FLORA

¡No viene! Y si en tanto sabe
Tomasa que me escapé
del encierro... ¡ay de mí!

EL CONDE

(Con interés.)
¡Qué!

¿Te encierran?

FLORA

Con doble llave.

EL CONDE

(Aparte.)
¡Infeliz!¿Si tendrá accesos
de furor?

FLORA

Blasa la puerta
me abrió, mas cuando lo advierta
Tomasa, hará mil excesos:
¡Y ya ves! Fuera gracioso
que yo estuviera encerrada,
estando ya desposada
y hallándose aquí mi esposo.

EL CONDE

¿Quién es él?

FLORA

¡Luis! Claro está.

EL CONDE

¡Cierto!

FLORA

Salvó nuestra vida,
y yo le amo agradecida
porque es obligación ya.

Hombres malos le obligaban
a que diera -a su despecho-
a otra mujer el derecho
de amarle, y nos condenaban
a nosotras a la muerte;
pero él dijo con valor:
«¡Todos atrás! ¡Son mi amor!»
y se cambió nuestra suerte.

EL CONDE

Estás hablando en plural.
¿Sois muchas?

FLORA

¡Muchas!

EL CONDE

¿Y todas
tuvieron -como tú- bodas?
¿Alegan derecho igual?

FLORA

¿A qué cosa?

EL CONDE

A ser amadas
de Luis.

FLORA

¡Todas!

EL CONDE

(Riéndose.)

¡Quién creyera
que tal poligamia hubiera
bajo este techo!

FLORA

Me enfadas
con esa risa burlona.

EL CONDE

(Aparte.)
¡Es archi-loca!... Me excita
llanto y risa... ¡Pobrecita!

FLORA

¿Piensas que miento?

EL CONDE

Perdona...
te presto completa fe.

FLORA

Eso sí; mas tu sobrino
no viene, y yo determino
buscarle doquier que esté.
Si él se olvida de nosotras
tan fácilmente...

EL CONDE

¡No tal!
acaso, a fuer de leal,
ahora acompañe a «las otras».

FLORA

Dices bien: sí que estará
con ellas: corro al jardín.

EL CONDE

Mas dime antes, serafín,
¿están «las otras» allá?

FLORA

¿Pues en dónde?

EL CONDE

Yo ignoraba

FLORA

¡Las hay muy raras, muy lindas!

EL CONDE

Me pasma que tú prescindas...
Una rival nunca alaba.

FLORA

Yo las amo con furor.

EL CONDE

¡Eso es grandeza de alma!

FLORA

Mas Luis se lleva la palma
sobre ellas.

EL CONDE

¡Sublime amor!

FLORA

(Con entusiasmo, y como si al describir las flores las viese delante.)

Hay anémonas, mosquetas,
camelias pintadas, rojas,
jazmines de dobles hojas,
pensamientos y violetas.

Se mece la francesilla
en faz del humilde acanto,
y junto al rojo amaranto
la tricolor maravilla.
Con la blanca tuberosa
se enlaza la ardiente dalia,
y el áureo lirio de Italia
con la bengálica rosa.
De la nocturna silena
se alza al par el girasol,
y el purpurado ababol
junto a la nívea azucena.
¡En fin, allá verás tú
con la rosa alejandrina,
los claveles de la China
y heliotropos del Perú!

EL CONDE

¡Conque, «las otras» son flores?

FLORA

¡Claro!

EL CONDE

Las suegras dichosas
son entonces, que no esposas
de Luis.

FLORA

Sus tiernos amores
somos todas; mas ya ves
que no vuelve...

TOMASA

(Dentro.)
¡Luces, Blasa!

FLORA

¡Ay, Dios!, ¡que viene Tomasa!...
Pero yo apelo a mis pies.

EL CONDE

¡Aguarda! Yo te defiendo.

FLORA

Es que de ti no me fío.

EL CONDE

¿Cómo no, si soy tu tío?

FLORA

Ya estoy sus pasos oyendo...

EL CONDE

¡Atiende!
(Deteniéndola.)

FLORA

No puede ser,

porque si llega me atrapa.

EL CONDE

Pero...

FLORA

¡Suelta!

EL CONDE

¡Se me escapa!

FLORA

(Al salir.)

Nos volveremos a ver.

Escena VI

EL CONDE y TOMASA.

(Se va oscureciendo.)

EL CONDE

Pobre niña!... Será hija
tal vez de la jardinera.

TOMASA

(Entrando con las luces.)
Buenas noches.

EL CONDE

Muy felices.

(Mirando a TOMASA con piedad.)
Si es su madre, hablarla de ella
y de su extraña locura
fuera acrecentar su pena.

(TOMASA se retira, EL CONDE se sienta.)

Dicen que un loco hace cien;
ya estoy mirando la prueba...

y no a cien, a mil podría
trastornarles la chaveta
esa chica encantadora...
Pero ¡qué extraña demencia!...
¿Será posible que Luis
se imagine?... Mas él llega.

Escena VII

EL CONDE y DON LUIS.

DON LUIS

Me han dicho que usted me llama.

EL CONDE

¡Hombre, sí! Conansia acerba
verte, hablarte he deseado;
y aunque en este instante amengua
la inquietud que me agitaba,
cierto encuentro y conferencia
que en esta sala he tenido,
todavía me interesa
mucho, el que expliques tú propio
la conducta extraña, necia,
que estás observando.

DON LUIS

¿Yo?...

EL CONDE

Prescindiendo de la ausencia
tan larga de esta mañana,
y de otras muchas rarezas,

¿quieres decirme a qué viene
la predilección que ostentas
por las flores? ¿Con qué objeto
-desmandado en casa ajena-,
su paladín te declaras,
y estorbas que se obedezca
al que ordenó destruirlas?
¡Discúlpate, si es que aciertas!

DON LUIS

Conde, no niego que estoy
dando muestras de simpleza
y extravagancia; no niego
que puede pensar cualquiera
que soy imbécil o loco.

EL CONDE

Jurara por mi conciencia
lo segundo, hace un instante,
y aún dudo si...

DON LUIS

        Mi cabeza,
gracias a Dios, está sana;
mas no mi pecho, que incendia
un amor, que apenas nace
cuando ya déspota reina.
¡Tío!, adoro a una deidad.

EL CONDE

¡A una loca!

DON LUIS

¡Qué blasfemia!
Si usted conociese a Flora...

EL CONDE

Sabe que acabo de verla.

DON LUIS

¡Usted!

EL CONDE

¡La he visto... y *oído*!

DON LUIS

¡Pues bien! ¿Qué dice, qué piensa
de esa divina hermosura,
de esa virgínea pureza?

EL CONDE

Que es lástima que se escape
cuando Tomasa la encierra.
¡Luis!, que admires los encantos
de una hermosura halagüeña,
no soy severo censor
que muy a mal te lo tenga
ni aun el día de tu boda,
que a fe no es poca indulgencia.
Pero que esa pobre niña
-tan insensata cual bella-

te fascine, te trastorne
hasta el punto de que puedas
decir y hacer tonterías,
faltando a las conveniencias
sociales... no hallo disculpa,
y quiero ver la que alegas.

DON LUIS

Usted llama insensatez
al candor, a la inocencia,
que más me encantan en Flora
que su angélica belleza.

EL CONDE

Y ¿es candidez el que abrigue
la pretensión estupenda
de ser hija de las flores?

DON LUIS

La infeliz no halla en la tierra
seres tan puros y hermosos,
ni que más se le parezcan.
Y como ignora su origen,
y una caricia materna
no ha recibido jamás,
en fin, como impresa lleva
-cual sello que darla quiso
la misma naturaleza-

aquella flor misteriosa...

EL CONDE

(Levantándose.)

¿Qué sello, qué flor es ésa?

DON LUIS

¡Ah! ¿Conque, no sabe usted?
Pues quiero, Conde, que entienda
que es la historia de esa niña
tan misteriosa y poética,
que no es posible otra igual
en fantástica leyenda.
Le diré cuanto he sabido;
verá usted qué coincidencias
tan raras...

EL CONDE

Vamos adentro,
porque alguien aquí se acerca.

(Llevándose a DON LUIS.)

DON LUIS

Es la insufrible nodriza.

Escena VIII

BEATRIZ y después TOMASA.

BEATRIZ

Porque me han visto se alejan;
me adivinan el deseo.
Buscar a Tomasa es fuerza
y salir de estas congojas.
Tal parece que penetra
la maldita mis temores,
y en prolongarlos se empeña.
Pues dejo a Inés con su padre,
corro al jardín...

TOMASA

(Aparte, entrando por otra puerta que la que para salir tomaba BEATRIZ.)

¡Qué perversa!
¡Se escapó! ¿Dónde habrá ido?

BEATRIZ

¡Tomasa!

TOMASA

¡Beatriz! ¡Qué perla
es la niña!...

BEATRIZ

¡Chist!

TOMASA

Decía...

BEATRIZ

Baja la voz. Mi impaciencia
por hablarte era muy grande;
pero secreto, cautela
en todo; existen motivos
poderosos.

TOMASA

Por mi lengua
nadie sabrá...

BEATRIZ

Bien me consta
tu consumada prudencia.

TOMASA

Puedes estar muy tranquila,
pues sabiendo que no peca
por muy reservado Juan,
procuré que ni aun sospechas
de la verdad concibiese.

BEATRIZ

¿Conque, él no sabe?...

TOMASA

Ni sueña
en saber; como es así,

tan inocentón... tan bestia,
por explicarme más claro,
logré que se persuadiera
de que las flores le daban
aquel fruto.

BEATRIZ

Mas no creas
que tal absurdo...

TOMASA

El bendito
se lo tragó como breva.

BEATRIZ

Pero al ver que recibías
cantidades...

TOMASA

Bueno fuera
que a sus narices llegara.
¡Bah!, no soy tan inexperta.
Tus regalos, prima mía,
son de mi bolsa secreta.
¡Pues si él es más manirroto!
Además, que la reserva
que exigiste...

BEATRIZ

Sí, Tomasa,

y hoy más te la recomienda
tu Beatriz agradecida.

TOMASA

Motivos tengo de quejas,
mas no por eso...

BEATRIZ

Yo espero
que has de quedar satisfecha:
pero dime -antes que todo-
¿dónde la niña se encuentra?
¿En dónde habita?

TOMASA

En la casa.

BEATRIZ

(Con ansiedad.)
¿En qué casa?

TOMASA

¡Toma!, en ésta.

BEATRIZ

¡En ésta! ¡Cielos! ¿Qué has dicho?

TOMASA

La encerré; pero es traviesa
como ella sola, y logró...

BEATRIZ

Todas las carnes me tiemblan.

TOMASA

¿Temes tal vez?

BEATRIZ

¡Yo estoy fría!

TOMASA

¡Bah!, no eres tú la primera
que...

BEATRIZ

¡Tomasa!, si evitar
quieres desdichas inmensas,
es menester que esta noche
la niña desaparezca.

TOMASA

Pero... Me asustas, Beatriz.
¿Es porque el novio...?

BEATRIZ

Está envuelta
en un misterio espantoso
de esa niña la existencia.

TOMASA

¿No es tu hija?

BEATRIZ

¡Lo es del infierno!

TOMASA

¡Santa Virgen!

BEATRIZ

Como puedas

de aquí alejarla, no importa

el modo... apruebo cualquiera
que propongas.

TOMASA

Yo abrigaba,
antes de hoy, la mala idea
de vengarme de tu olvido,
haciendo que no volvieras
a verla.

BEATRIZ

(Con viveza.)

Y ¿cómo pensabas
lograrlo? ¿De qué manera?

TOMASA

¡Ah, Tomasa!¡Ése es mi anhelo!,
que la cosa es como suena;
que si el plan se verifica
jamás volverás a verla.

BEATRIZ

¡Ah, Tomasa! ¡Ése es mi anhelo!,
¡separación larga... eterna;
que nunca este aire respire;
que nunca a este suelo vuelva!

TOMASA

Pues entonces no hay que hablar:

descansa; la cosa es hecha.
Cuando espese más su manto
la noche, que ya comienza,
la fragata de Beltrán,
la *Tisbe*, se da a la vela

BEATRIZ

¿Y qué?

TOMASA

¿No lo has entendido?

BEATRIZ

Ese Beltrán...

TOMASA

Se la lleva,
la muda el nombre, y jamás...

BEATRIZ

¡Ah! ¡Sí, tu idea es soberbia!
Pero ¿él querrá?...

TOMASA

Lo propuso
él mismo; ternura extrema
tiene por Flora; adoptarla
promete...

BEATRIZ

¡No te detengas!
Vas y entrégasela al punto,

con la condición expresa
de que nadie, en ningún tiempo,
-aun cuando tú misma seas-,

alcanzará a descubrir
el paraje de la tierra
en que oculte para siempre
a esa chiquilla funesta.

TOMASA

Yo misma iré a conducirla;
tus inquietudes sosiega;
y cuando oigas que a distancia
un cañonazo resuena,
sabe que ya va tu Flora
navegando para América.

BEATRIZ

(Dándole un bolsillo.)
Por si ocurriese algún gasto...

TOMASA

(Tomándolo.)
Nunca daña; adiós.

BEATRIZ

¡Presteza!

Escena IX

BEATRIZ.

BEATRIZ

Respiro, en fin; ¡se dilata
mi corazón!... Recompensa
tendrá Tomasa muy grande;
cuanta permita mi hacienda.

Vuelven el Conde y don Luis.

Escena X

EL CONDE, DON LUIS y BEATRIZ.

(Salen DON LUIS y EL CONDE, éste distraído y preocupado.)

DON LUIS

Sí, señor...
(Aparte.)
¡Aquí esta vieja
permanece!...

BEATRIZ

Advertiré
que cuando el vicario venga...

DON LUIS

(Impaciente.)
Sí, vaya usted, sin tardanza,
y cuanto le plazca advierta.

BEATRIZ

(Resentida.)
Obedezco.
(Aparte.)
¡Vaya un novio
amable!... Ya no me peta.

Escena XI

EL CONDE y DON LUIS.

DON LUIS

Pues sí, Conde, yo no puedo
mi palabra retirar;
mas no me quiero casar...
Ni avanzo, ni retrocedo.

EL CONDE

(Siempre preocupado.)

¿Conque, es una flor de lis
la que tiene Flora impresa?

DON LUIS

¡Perfectísima! Ya es ésa
mi estrella polar.

EL CONDE

¡Oh, Luis!...
no hay que ceder imprudente
a una impresión pasajera.

DON LUIS

¡Morirá cuando yo muera
la que hoy mi corazón siente!

EL CONDE

A cada nuevo capricho
la eternidad se le endosa
a tu edad; mas no hay tal cosa.

DON LUIS

Lo que creo es lo que he dicho.

EL CONDE

Pues es falsa la creencia;
y crimen negro sería
pagase tu error de un día
de esa niña la inocencia.
La bella edad como espuma
se desvanece, mas queda
-sin que nadie huirla pueda-
la conciencia, que nos suma
con tremenda exactitud
cuántas lágrimas costaron
los deleites que volaron
con la loca juventud.

DON LUIS

Antes que turbar de Flora
la existencia grata y pura,
renunciara a la ventura
mi corazón, que la adora.

EL CONDE

(Aparte.)
¡La flor de lis!

DON LUIS

Sólo anhelo
mi libertad, mi albedrío...
Sálveme usted, caro tío,
y el premio le guarde el cielo.
En estas manos me pongo,
(Tomándoselas afectuoso.)
míreme usted compasivo;
a fuer de humilde cautivo
nada hago, nada dispongo...
pero aguardo, aguardo ansioso
que usted mis grillos quebrante;
pues tanto cual fino amante
soy sobrino respetuoso.

EL CONDE

(Mirando dentro.)
Bien, hombre, sí; mas te ruego...
Viene a esta sala el Barón.

DON LUIS

No me hallo en disposición
de soportarlo. Hasta luego.

Escena XII

EL CONDE y EL BARÓN.

EL CONDE

(Aparte.)

¡Una flor de lis!...

EL BARÓN

¡Ay, Conde!

¡Estoy muerto! ¡Soy perdido!

EL CONDE

Amigo, ¿qué ha sucedido?

EL BARÓN

Por mí este duelo responde.

Usted la razón tenía,

usted dijo la verdad...

¡Qué horrenda fatalidad!

¡Qué negra estrella la mía!

EL CONDE

Inés...

EL BARÓN

¡Ay! ¡No queda duda!

¡Ya ha entregado la patente!

EL CONDE

¿Conque...?

EL BARÓN

¡Demente!... ¡demente!

EL CONDE

¡Padre infeliz!...

EL BARÓN

No está muda
por desgracia... ¡Habló sobrado!

EL CONDE

Y ¿mostró claro...?

EL BARÓN

¡Ay de mí!
¡Si aquello ya es frenesí!
Trémulo salgo, espantado.
Grita que siempre delante
tiene aquella infausta flor
de lis, que brotó en mal hora...

EL CONDE

¿De lis?...

EL BARÓN

Y se agita y llora,
mostrando acerbo dolor.

EL CONDE

¿La flor de lis?... ¡Siempre ella!
¡Siempre esa misma!... Y yo aquí

(Golpeando su frente con la mano.)

la tengo también... ¡sí! ¡sí!...
¡La veo encarnada y bella!...

(EL BARÓN mira al CONDE, espantado.)

¿Cuándo?... ¿Dónde?... ¡No lo sé!...
Guardo un recuerdo confuso...
Esa flor... ¿quién me la puso
aquí?... Por que está... J si a fe!

(Golpeándose en la frente de nuevo.)

EL BARÓN

(Aparte, retrocediendo.)

¡Qué es esto!...

EL CONDE

¡Tantos han sido
de aquella edad borrascosa.
los recuerdos!... pero es cosa
que no ha tragado el olvido
completamente. Aunque vaga,
oscura, aquí la hallo impresa...
y es esa flor... ¡ésa! ¡ésa!

EL BARÓN

(Aparte.)

¡Jesús divino! ¡Qué plaga
nos cae!... ¡El Conde también!

EL CONDE

(Cada,vez más preocupado.)

¿En qué ha jugado esa flor?...

EL BARÓN

(Aparte.)

¡Sólo yo falto, Señor!
¡Piedad de mí!, ¡piedad ten!

EL CONDE

(Acercándose al BARÓN, que le huye medroso.)

Barón, oiga usted...

EL BARÓN

Sí... vuelvo...

(Aparte.)

Éste debe ser furioso.

EL CONDE

¡Qué recuerdo tenebroso!

EL BARÓN

(Aparte.)

Huir de esta casa resuelvo
sin demora; el maleficio
ya es patente. ¡Cielos santos!
¡Que yo al menos, entre tantos,
logre escaparme con juicio!

(Se va corriendo.)

Escena XIII

EL CONDE, luego DOÑA INÉS y BEATRIZ.

EL CONDE

Esa flor hizo un papel
en mi vida de mancebo...
y casi a decir me atrevo
que debe haber mucha hiel
en esa historia...

DOÑA INÉS

(Dentro.)
¡Beatriz, déjame!...

EL CONDE

¡Inés!

BEATRIZ

¡Tente!

DOÑA INÉS

¡No!
Con don Luis he de hablar yo.

(Sale DOÑA INÉS a la escena, desmelenada, el rostro desencajado, y desordenado el vestido.)

BEATRIZ

¡Qué vas a hacer, infeliz!

EL CONDE

(Llegándose a DOÑA INÉS.)

Señora...

DOÑA INÉS

¡Ah, Conde!... ¿es usted?
Yo buscaba a su sobrino...
porque decir determino
a él y a todos...

BEATRIZ

(A DOÑA INÉS en tono suplicante.)

¡Por merced!

DOÑA INÉS

No puedo ya sufrir más;
¡Harto he callado por ti!...
El cielo ordena que aquí
rompa el silencio...

BEATRIZ

(Bajo a DOÑA INÉS.)

¡Jamás!

EL CONDE

(Acercándole una silla.)

Sosiéguese. usted; yo anhelo
complacerla en cuanto mande;
pero su emoción es grande
en este momento.

DOÑA INÉS

(Sentándose, toda trémula.)

¡Oh, cielo!
¡Si es tan amarga, tan triste
la historia que a contar voy!

BEATRIZ

(Al CONDE, bajo.)

No está en su acuerdo.

DOÑA INÉS

(Que la oye.)

Sí estoy.

(Con tono solemne, poniéndose una mano en el pecho.)

¡Conde! Aquí un secreto existe.
Cuando mi mano otorgué
al que cual padre le mira,
puedo decir -sin mentira-
que lo hice porque no hallé
en mi vida dolorosa
falta que la desluciera,
y que a mis ojos me hiciera
indigna de ser su esposa.
Si no le amaba, mi amor
a él tampoco le pedía,
de su aprecio me creía
merecedora en mi error.

BEATRIZ

Inés

EL CONDE

(Desviando a BEATRIZ.)

¡Aparta! Prosiga
usted, señora, con calma.

(Se sienta a su lado.)

DOÑA INÉS

Llevaba siempre en el alma
una memoria, enemiga
de mi reposo.

BEATRIZ

(Aparte.)

¡Qué empeño!

DOÑA INÉS

(Con agitación creciente.)

Y recatarla pensaba
de quien mi padre me daba
por compañero, por dueño.
De mi inocencia segura,
un delito no creía
aquella reserva mía;
pero Dios, desde su altura,
la juzgó de otra manera,
y aquí dispuso que Luis
¡dos veces la flor de lis

ante mi vista ofreciera!

EL CONDE

(Con interés muy vivo.)

¿La flor de lis?...

DOÑA INÉS

En su pecho
la ostentaba esta mañana;
y esta tarde...

BEATRIZ

¡Cesa, insana!

DOÑA INÉS

Esta tarde a mi despecho
me la presentó el impío,
como fatídica ofrenda...
¡Oh!, la impresión fue tremenda,
mas comprendí el deber mío.

EL CONDE

(Vivamente.)

Aquella flor...

DOÑA INÉS

Su atención
présteme, Conde, un momento.

EL CONDE

Hable usted; la escucho atento.

(Aparte.)

¿Por qué tiemblas, corazón?

DOÑA INÉS

Desde muy niña vivía
siempre en retiro profundo,

y muy ajena del mundo,
en Castellón con mi tía.

EL CONDE

¿En Castellón?...

DOÑA INÉS

Allá era
donde el invierno pasaba,
y en donde me fastidiaba
de una vida triste, austera;
mas en la bella estación
se calmaban mis pesares.
A cien pasos del Mijares
una hermosa posesión
conservó siempre mi tía,
y durante los calores
allí -a vivir con las flores,
que eran la delicia mía-
acostumbraba llevarme,
y entonces me contemplaba
tan dichosa, que no hallaba
con quién poder compararme.

EL CONDE

(Con interés y agitación crecientes.)
¡Prosiga usted!

DOÑA INÉS

Del jardín
yo propia quise cuidar,
y era todo mi anhelar
que de uno al otro confín
de la tierra, no existiera
planta peregrina y rara
que en mi vergel no se hallara,
y tributo me rindiera.
Por una, empero, ostentaba
predilección decidida...
por una, ¡oh Dios!, que a mi vida
ponzoña horrible guardaba.
Cuando su primer capullo
abrió la planta funesta,
fue día en casa de fiesta,
y yo -con gozo y orgullo-
en mi cabello hice alarde
del tesoro que obtenía,
y a ostentar fui mi ufanía
por el campo aquella tarde.

(El semblante y gestos del CONDE revelan los recuerdos que el relato de DOÑA INÉS despierta en su mente.)

EL CONDE

¿Era una tarde?...

DOÑA INÉS

En el río
me contemplaba serena,
cuando de pronto resuena
cercano un tiro.

EL CONDE

(Aparte.)
¡Dios mío!...

DOÑA INÉS

Al margen, puesta de hinojos,
yo en las aguas me miraba
y a mi flor acariciaba...

BEATRIZ

(Acercándose.)
¡Cesa!

DOÑA INÉS

Y al alzar los ojos
asustada por el tiro,
me hallo al frente un cazador...
¡Luego, al bajarlos, mi flor
envuelta en las ondas miro!

EL CONDE

¡Ah!, ¡sí!...

DOÑA INÉS

La veo impelida
por la impetuosa corriente,
y fascinada, demente,
de un vértigo poseída,

queriendo asirla, me inclino
con ímpetu, y caigo al agua...
¡Por tan leves medios fragua
nuestra desdicha el destino!

EL CONDE

¡Basta!

BEATRIZ

¡Inés!

DOÑA INÉS

No sé nadar...
Por la corriente arrastrada
debí morir ahogada
¡mas no me quiso otorgar
tan grande ventura Dios!
El mismo que causa fue
de mi susto, caer me ve
y se arroja de mí en pos,
logrando en breve sacarme
a la orilla; mas, ¡ay!, tanto
aún era, Conde, mi espanto,
que apenas llegué a mirarme

en tierra, y en el momento
en que él gritó: «¡Salva estás!»,
ya no pude entender más
Quedé sin conocimiento.

EL CONDE

(Se cubre la cara con las manos.)

¡Oh, Dios!

BEATRIZ

(Bajo a DOÑA INÉS.)

¡Hija!, ¡por tu honor!

DOÑA INÉS

(Sin atender ni a lo que la dice BEATRIZ, ni al dolor y a la vergüenza que manifiesta EL CONDE.)

Cuando el sentido cobré,
bajo de un árbol me hallé,
¡sola!... ¡sola!

(Se levanta con la mirada extraviada. EL CONDE se levanta también.)

Mas la flor
sobre mi seno veía,
y en ella estaba grabada,
y patente a mi mirada,
línea fatal, que decía:
«Consérvala por recuerdo
de mi rápida ventura...»

EL CONDE

(Aparte, como si quisiera huir de sí mismo.)

¡Ah!

BEATRIZ

¡No es cierto! ¡Qué locura!

DOÑA INÉS

(Casi delirante.)

¡Y nunca de vista pierdo
desde tan hórrido instante
aquel recuerdo infernal!
¡Siempre aquel río fatal
me lo está echando delante!...

(Como si le viera ante sus ojos.)

¡Y gira la flor maldita,
y veo -entre mil congojas-
que va ostentando en sus hojas
mi eterna deshonra escrita!

EL CONDE

¡Inés! ¡Inés!...

BEATRIZ

¡Desdichada!

DOÑA INÉS

No la disipa la luz,
ni de la noche el capuz
logra dejarla eclipsada.
El huir de ella es vano empeño;

nada durmiendo consigo
¡La tengo siempre conmigo
en la vigilia y el sueño!

(Tocando su frente.)

¡Aquí sus hojas se imprimen,
y cual las guarda mi mente
las tuvo el fruto inocente
de aquel espantoso crimen!

EL CONDE

(Con extrema agitación.)

¡Cómo!

DOÑA INÉS

La niña infeliz
que un solo beso alcanzó
de su madre, y que murió
en los brazos de Beatriz,
¡cual signo de desventura
en su cutis blanco y bello
sacó, al nacer, aquel sello
que llevó a la sepultura!

EL CONDE

¡Te engañaron, Inés!

DOÑA INÉS

¡Qué!...

EL CONDE

¡Sí! ¡Te engañaron! ¡No ha muerto!

DOÑA INÉS

¿Mi hija?...

EL CONDE

¡Vive!

DOÑA INÉS

¿Vive?

BEATRIZ

¡Cierto!
¡Mas perdón! Yo te engañé,
a tu tía obedeciendo.

DOÑA INÉS

¡Mi hija vive!

EL CONDE

¡Y está aquí!
¡Bajo este techo!

DOÑA INÉS

¡Dios mío!

EL CONDE

¡Él dispone, justo y pío,
que la recibas de mí!
¡La vas al punto a abrazar!

DOÑA INÉS

¡Ah!

(EL CONDE va a salir precipitado, y suena en el mismo instante el cañonazo.)

BEATRIZ

¡Ya es tarde, señor Conde!

DOÑA INÉS

¿Tarde?...

EL CONDE

¿Qué has dicho? ¡Responde!

BEATRIZ

Que ya nos llega a anunciar
aquel ronco cañonazo

DOÑA INÉS

(Con ansiedad creciente.)

¿Qué?

EL CONDE

¿Qué?

BEATRIZ

Por salvar tu honor
lo dispuse, y con dolor
ahora, Inés, tus pies abrazo.

(Se echa a los pies de DOÑA INÉS.)

DOÑA INÉS

¡Oh! ¡Cada acento me mata!...

EL CONDE

¡Pronto la verdad pronuncia!

DOÑA INÉS

El cañonazo, ¿qué anuncia?...

BEATRIZ

Que surca el mar la fragata
que a la que abrazar deseas
va a lanzar a playa ignota...

DOÑA INÉS

¡Cielos! Mi cáliz se agota...
¡Yo espiro!...

(DOÑA INÉS se deja caer en la silla que antes ocupó; EL CONDE acude a sostenerla, rechazando a BEATRIZ, y pronuncia la maldición que termina la escena.)

EL CONDE

¡Maldita seas!

Escena XIV

EL CONDE, DOÑA INÉS, BEATRIZ, EL BARÓN y TOMASA.

EL BARÓN

(Que entra sofocado.)

¡Déjame!

TOMASA

Justicia pido.

EL BARÓN

¡Esto más!

TOMASA

¡Demanda entablo!

EL BARÓN

¡Que no te llevara el diablo!

TOMASA

Mi hija con don Luis ha huido.

(A estas palabras de TOMASA, EL CONDE presta atención con movimiento muy vivo.)

Al Cabañal la llevaba,
y él al camino salió
y osado me la robó.

EL CONDE

¡Oh, Inés! ¡Al Eterno alaba!

DOÑA INÉS

¿Qué?...

(Se pone en pie.)

Escena XV

EL CONDE, DOÑA INÉS, BEATRIZ, EL BARÓN, TOMASA, DON LUIS y FLORA.

DON LUIS

(Dentro todavía.)

No temas; nuestros lazos
eternos son desde ahora.

(Entra con FLORA.)

EL CONDE

¡Luis!...

DON LUIS

¡Conde!, ¡mi esposa es Flora!

EL CONDE

(Arrojándola en brazos de DOÑA INÉS.)

¡Ve de tu madre a los brazos!

DOÑA INÉS

¡Ah!

DON LUIS

¡Su madre!...

TOMASA

(Aparte.)

¡Absorta estoy!

FLORA

Mi madre!

DOÑA INÉS

(Que busca y halla la flor de lis, impresa en el hombro de FLORA.)

¡La veo!... ¡es ella!
¡La flor!... ¡Mi hija!... ¡mi hija bella!

(La abraza y la besa con alegría delirante.)

EL CONDE

(Aparte.)

Desde este instante otro soy.

FLORA

¡Oh!... ¡qué gozo!

DON LUIS

¡Fausta noche!

EL BARÓN

(Que está algo desviado del grupo que forman los demás.)

¡Señor!, ¿no habrá quien los ate?
¡Todos lo están... de remate!

Escena XVI

EL CONDE, DOÑA INÉS, BEATRIZ, EL BARÓN, TOMASA, DON LUIS, FLORA y JUAN.

JUAN

(Saliendo.)
Llegó el vicarío en el coche.

EL BARÓN

Para completar la fiesta
eso faltaba.

EL CONDE

¡Que entre!

EL BARÓN

¿Para qué?, ¿para que encuentre...?

EL CONDE

La capilla está dispuesta.

EL BARÓN

Pero ¿a quién ha de casar?

EL CONDE

Como obtenga su perdón,
al Conde de Mondragón
con doña Inés de Povar.

(Se arrodilla delante de DOÑA INÉS.)

DOÑA INÉS

(Retrocediendo y mirando al CONDE con espanto.)
¡Dios!

EL CONDE

Si demanda a tus pies
un criminal tal ventura,
¡no por él, por su hija pura,
acoge su ruego, Inés!

DOÑA INÉS

(Abrazando de nuevo a su hija.)
¡Ah!

EL BARÓN

¡Ya pasa de locura!

DON LUIS

¿No es sueño?

DOÑA INÉS

¡Oh, hija querida?
(DOÑA INÉS parece vacilar un momento, y luego dice.)
¡Llega a tu padre!

(EL CONDE se levanta y abraza a FLORA.)

¡Ah!

JUAN

(Aparte.)
¡Su padre!...

FLORA

(Entre EL CONDE y DOÑA INÉS, que la acarician.)

¿Conque, tengo padre y madre?

EL CONDE

(Señalando a DON LUIS.)

¡Y esposo, luz de mi vida!

EL BARÓN

(Aparte.)

Te darán cuanto les cuadre.

EL CONDE

¡Hija!... ¡esposa!...

JUAN

(Aparte.)

Yo estoy tonto.

DOÑA INÉS

¡Dios mis pesares compensa!

EL BARÓN

Si de aquí no escapo pronto,
el contagio... ¡Mas lo afronto!

FLORA

(Con emoción.)

Aunque es mi ventura inmensa
por tal familia alcanzar,
¡padre!, ¡madre!, el corazón,
en su tierna agitación,
como que siente un pesar...

(Movimiento de inquietud del CONDE y de DOÑA INÉS.)

Porque mis flores, ¿qué son?
¿Qué son, caro Luis, mis flores?...

(A estas palabras de FLORA, JUAN corre y entra en una pieza, de la que sale con una cesta llena de flores.)

DON LUIS

Disipa, mi bien, tu pena,
que ellas forman la cadena
de nuestros puros amores.

JUAN

¡Aquí hay una cesta llena!
¡Para adorno del altar
esta tarde las cogí;
pero te las riego aquí,
para vértelas pisar!

(Echa las flores a los pies de FLORA.)

FLORA

(Con entusiasmo.)

¡Sí, Juan!, ¡espárcelas!, ¡sí!
Y que esa alfombra se extienda,
¡oh padre!, ¡oh madre querida!,
embalsamando la senda
de vuestra apacible vida.

EL CONDE

¡Flora!

DON LUIS

¡Amor!

DOÑA INÉS

(Besándola.)

¡Mi dulce prenda!
¡Oh padre! La bendición
dele a su nieta inocente.

(Los tres se acercan al BARÓN, FLORA en medio.)

EL CONDE

Y perdone a un delincuente
en un amigo, Barón.

EL BARÓN

(Aparte, entre conmovido y asustado.)

¡No sé lo que el alma siente!...
Perdono con mil amores...
y bendigo, si eso es poco...

JUAN

¡Viva la hija de las flores!

FLORA

(Acariciando al BARÓN.)

¡Y su abuelito!

EL BARÓN

(Que parece luchar en vano contra el ascendiente de aquella caricia, y que mira a FLORA embelesado.)

¡Ay señores!...
¡Me declaro también loco!

(Abraza a FLORA.)